

B222
146

2

2

2

POLITICA Y ESPIRITU

EN ESTE NUMERO:



LA PRIMERA CONVENCION NACIONAL
DEL PARTIDO DEMOCRATA CRISTIANO.



LA CONFERENCIA DE LOS 21 (POLITICA
INTERNACIONAL).

15 DE MAYO DE 1959

4071

DIRECTOR

Jaime Castillo

**POLITICA
Y
ESPIRITU**

INDICE

REDACTORES:

*Jorge Cash, Ana Helfant, Hernán Po-
blete, Alejandro Magnet, Héctor Va-
lenzuela.*

REDACCION Y ADMINISTRACION

Ahumada 57, fono 63121, casilla 3547,
Santiago de Chile.

Valor de la subscripción a 24 números
(un año) \$ 2.200. Extranjero: US\$ 4.

Las subscripciones deben aplicarse a
Editorial Del Pacífico, S. A. Casilla
3547, Santiago de Chile.

PUNTOS DE VISTA	1
POLITICA NACIONAL	2
POLITICA INTERNACIONAL	7
INFORME DE LA COMISION POLITICA	11
INFORME DOCTRINARIO DE LA JUVENTUD	20
PROPOSICIONES PARA UNA LINEA DEMOCRATA CRISTIANA, por <i>Jaime Castillo V.</i>	24
PRECISIONES EN TORNO A UNA LINEA POLITICA, por <i>Héctor Valenzuela V.</i>	33
CRONICA DE TEATRO	36

15-V-59

CON OCASION DE CELEBARSE EN POCOS
DIAS MAS (DEL 27 AL 31 DEL PRESENTE
MES) LA PRIMERA CONVENCION DEL
PARTIDO DEMOCRATA CRISTIANO, "PO-
LITICA Y ESPIRITU" DEDICA ESTE NUME-
RO A TAN IMPORTANTE TORNEO.

● "POLITICA Y ESPIRITU" DEDICA EL PRESENTE NUMERO CASI EXCLUSIVAMENTE A LA CONVENCION NACIONAL DEL PARTIDO DEMOCRATA CRISTIANO DE 27 AL 31 DE MAYO. Hemos creído necesario hacer acopio de los documentos más importantes que servirán de base a las deliberaciones. En esta forma, nuestros lectores podrán tener a su disposición un material extenso en el cual se retratará todo lo que es actualmente el movimiento demócrata cristiano chileno.

Nos ha parecido que debía descartarse la consideración del aprovechamiento efectuado por extraños en relación con tales antecedentes. El movimiento no perderá nada por el hecho de conocerse el sentido de sus divergencias. Ellas se producen dentro de un cuadro de unidad y respeto mutuo. Son consecuencia del espíritu democrático del Partido. A su respecto es mucho más interesante que los militantes y lectores puedan conservar, para un estudio detenido, los textos oficiales de un debate que ha de ser transcendental.

● "POLITICA Y ESPIRITU" QUIERE SALUDAR A LA JUVENTUD DEMOCRATA CRISTIANA CUYO CONGRESO NACIONAL ACABA DE CELEBRARSE. Fue un torneo en que se demostró el vigor y la fe de dicha juventud. Una frase pronunciada por Radomiro Tomic, en el acto de inauguración, define la tarea espiritual a que ella debe entregarse: "Sed vosotros mismos". Para descifrar el sentido de ese consejo hace falta solamente que la Juventud se interrogue acerca de lo que ella es. Sus miembros son demócratacristianos y jóvenes a la vez. Deben, pues, vivir con el entusiasmo y la audacia propia de su edad las ideas del partido. Su papel no es moderar, ni calcular ni conservar. Por el contrario, consiste en proyectar hacia adelante. Impulsar el movimiento, llevarlo a sus extremos, traducirlo más energicamente en acción, volcarse con mayor firmeza hacia la realización de la doctrina, entregarse a la lucha con una dosis renovada de fe. Que no se pida falsa moderación a la juventud del partido. ¡Nada que no deba morir va a morir por el hecho de que nuestros jóvenes proyectan adelante la democracia cristiana!

LOS HECHOS

Se celebran el Congreso del Primer Distrito de Santiago y el de la Juventud del Partido Demócrata Cristiano.

El Partido Socialista toma sorpresivamente la decisión de dar publicidad a un acuerdo por el cual sus militantes no pueden pertenecer al Movimiento de los Partidarios de la Paz.

Esto provoca comentarios y reacciones, especialmente dentro del Partido Comunista, entidad que controla dicho Movimiento.

El Partido Comunista celebra un Pleno en que hace un análisis de la situación política y responde a las críticas del socialismo acerca del Movimiento de los Partidarios de la Paz.

El Gobierno obtiene del Senado el despacho en primer trámite constitucional del proyecto que otorga recursos para diversificar la producción en Tarapacá y autoriza al Ejecutivo para firmar un convenio con la Compañía Salitrera Tarapacá y Antofagasta. Fuertes críticas en el Senado contra dicho proyecto.

Regresa de Estados Unidos el señor Eduardo Figueroa y da a conocer el hecho de que existe disposición favorable en Estados Unidos para conceder préstamos al Gobierno de Chile. Asume sus funciones de Presidente del Banco Central y jura como Ministro de Hacienda interino, mientras dure el viaje del Ministro Roberto Vergara. Este viajará al país mencionado para finiquitar la operación.

Regresa la delegación chilena a la Conferencia de los 21.

Se verifica en Santiago una conferencia de embajadores norteamericanos en Latinoamérica.

El Partido Demócrata Cristiano y sus Congresos Preparatorios

Dos Congresos en Santiago y otro en Concepción ha realizado el Partido Demócrata Cristiano, como preliminares para su próxima Convención Nacional. Uno de ellos el del Primer Distrito de Santiago y el otro de la Juventud. A este último asistieron delegados del Partido Demócrata Cristiano de Argentina.

En estos Congresos hubo, dentro de una gran animación y unidad doctrinaria, debates que es necesario tomar como anticipo de los que se producirán en la Convención. Damos a conocer aquí algunos documentos.

El voto del Primer Distrito dice así:

Considerando:

1.º—La necesidad de reafirmar la validez y eficacia de los principios que animan a la Democracia Cristiana presentada al país al constituirse nuestro partido y difundida durante la última elección presidencial, en orden a buscar y producir el reemplazo de las actuales estructuras económicas, jurídicas y sociales, que son actualmente sólo el reflejo de la pugna materialista entre el individualismo y el socialismo.

2.º—Que lo anterior implica la necesidad de pronunciarse en forma clara, categórica y permanente frente a estas dos fuerzas materialistas, proclamando intransigentemente nuestro profundo sentido popular y nuestra voluntad de conquistar el pueblo para los ideales, programa y lucha de la Democracia Cristiana.

ACUERDA:

1.º—Estructurar dinámica y homogéneamente el Partido Demócrata Cristiano, a fin de que pueda desarrollar su propia política de avanzada económico-social, centralizando, entre otras cosas, una reforma constitucional que tienda a fortalecer la familia y la municipalidad como organismos intermedios entre el hombre y el Estado; a reestructurar el poder legislativo para incorporar en él a las fuerzas vivas y productivas de la nación, liberándole de toda fusión que desvirtúe su actual acción legislativa y fiscalizadora, como son en la actualidad las consejerías parla-

mentarias y reconocer y dar personalidad institucional a las Federaciones y Confederaciones Nacionales de carácter gremial.

Que tienda a reformar las estructuras económicas y sociales, intensificando la industrialización del país, echando las bases de una sociedad comunitaria a través de la promulgación de la sindicalización campesina, la reforma de la Empresa, la reforma agraria, las leyes de cooperativas, leyes sobre el delito económico y produciendo una efectiva reforma de la actual legislación referente al Trabajo, Minería, etc.; que hagan posibles y efectivas estas reformas en lo educacional, implantación de nuevas normas que reflejen la realidad económico-social del país.

En lo Internacional, luchar por el cambio de orientación de las actuales orientaciones del país por otras que estén de acuerdo con los postulados de paz y convivencia mundial de la Democracia Cristiana.

2.º—Declarar que la aplicación de esta política implica la ausencia de contactos o bloques, tanto con los Partidos del Frente de Acción Popular, como con las fuerzas de la Derecha y del Partido Radical, representantes y sostenedores del injusto orden actual.

3.c—Hacer un llamado a todos los Partidos auténticamente democráticos y populares, en especial al Partido Nacional Popular, para que se una a nuestra acción política en defensa de los intereses nacionales y de los trabajadores y para que, al mismo tiempo que rechazan las iniciativas políticas y económicas equivocadas del actual Gobierno, presente las soluciones adecuadas para un rápido mejoramiento de las condiciones actuales del país.

4.º—Este llamado no puede significar en ningún caso fusión con grupos o partido alguno que no sea fiel intérprete de la doctrina de la Democracia Cristiana.

5.º—Promover la defensa intransigente de las organizaciones gremiales de los trabajadores y denunciar cualquier intento que tienda a socavar las instituciones democráticas del país, ya provengan de los sectores golpistas del FRAP, o del ilimitado afán de poder del Gobierno.

Por su parte, la resolución de la Juventud quedó redactada en los siguientes términos:

I PARTE

1) El Partido Demócrata Cristiano reafirma su fe inquebrantable en los principios en que funda su acción. Así declaramos que en Chile existe una democracia política imperfecta en que se mantienen estructuras económicas y sociales injustas, cuyo reemplazo buscamos en forma intransigente.

2) La situación actual se caracteriza:

a) Por la profunda desigualdad entre las clases sociales reflejada en una injusta distribución de la renta nacional, en la que el trabajo tiene una participación decreciente.

b) Por una economía de desarrollo imperfecto, en que se destacan un régimen agrícola de tipo semi feudal y una gran masa campesina que vive en condiciones subhumanas.

c) Por una generación viciada del poder, por el cohecho y la carencia de disposiciones que, regulando los procesos electorales, conceda iguales garantías a los sectores populares que carecen de los medios materiales con que exponer su verdadero pensamiento.

3) En consecuencia, el PDC luchará por transformar las estructuras políticas con miras a extender la responsabilidad y la participación de todos los miembros de la comunidad nacional en la generación y la descentralización del poder público.

4) Lucharemos, además, por dar al trabajo la participación que le corresponde conforme al proceso histórico de redención proletaria. En este orden, buscamos la reforma substancial de la empresa, con miras a incorporar al trabajador a su dirección, beneficio y propiedad.

5) Trataremos de establecer un régimen tributario progresivo que grave en forma directa.

6) Constituye uno de nuestros objetivos fundamentales, provocar el acceso progresivo de los trabajadores campesinos a la propiedad de la tierra y la transformación de la explotación agrícola a través de una reforma agraria.

7) Todo esto tiene como objetivo final alcanzar el reemplazo de las instituciones logrando una nueva forma de vida comunitaria, con destino de solidaridad, en la que la fraternidad supere la división de clases.

Los moldes espirituales, políticos y sociales del régimen capitalista en transición, deben ser reemplazados por las instituciones comunitarias. El comunitarismo no es una utopía ni una forma sin precedentes históricos. Una economía humana, es decir, en la libertad y la solidaridad, es comunitaria por definición.

II PARTE

Estos propósitos deben ser servidos por el Partido en una auténtica posición de vanguardia.

Esto significa que el PDC no es un Partido de Centro. No está equidistante de la Derecha y la Izquierda ni aspira a moderar el socialismo o a popularizar el capitalismo. Esta posición de vanguardia significa:

a) Un grupo vigorosamente doctrinario, combatiente, homogéneo, de firme disciplina, sin alas fluctuantes ni fracciones internas, que se vuelca entero a la consecución de determinados objetivos.

b) Es esencial el permanente y activo propósito de realizar la doctrina. La línea de acción está directamente relacionada con la doctrina. No pueden admitirse actuaciones separadas de objetivos previamente trazados y perseguidos hasta sus últimas consecuencias. Tampoco pueden admitirse fines políticos que contradigan la línea del Partido como colectividad inspirada en una doctrina renovadora del orden moral, económico y político vigentes. Los cambios de rumbo, el abandono de las tesis aprobadas anteriormente, las alteraciones de la marcha seguida antes de cumplidos los objetivos prefijados y con motivo de aparentes conveniencias electorales o políticas, serán desechadas drásticamente. Ninguna autoridad del Partido, ni dirigente, ni ex dirigente puede plantear tesis vencidas o pedir revisión de las líneas trazadas, sino en la oportunidad correspondiente.

c) El hecho de definirse como vanguardia excluye todo intento de organizar el Partido como una vasta alianza de sectores heterogéneos o antagónicos. Excluye también una estructura partidaria que empiece a hacerse excesivamente elástica, de modo que al Partido Demócrata Cristiano se ingrese no por fuerte convicción doctrinaria o íntima comunión con sus actuaciones, sino por motivos circunstanciales. El PDC no puede admitir en sus filas a cualquiera. Los aliados no son precisamente militantes. Asimismo, ninguna jornada electoral, por promisorio o importante que sea, puede ser colocada por encima de los fines permanentes del Partido. La Democracia Cristiana trabaja por conquistar el poder, pero lo hace mediante la voluntad de precisar su doctrina y su línea; jamás aceptará, en la situación actual de crecimiento de las doctrinas demócratacristianas una disimulación de sus valores propios.

d) Debe quedar rápida y definitivamente aclarado que el Partido Demócrata Cristiano no es susceptible de fusionarse con ningún otro Partido que no se reconozca ni pueda ser definido como demócratacristiano. El concepto de fusión se aplica al hecho de integrar dos colectividades en una tercera, la cual es

una realidad nueva distinta de sus componentes. De ser llevado a la práctica este objetivo significaría el debilitamiento o el desaparecimiento del Partido Demócrata Cristiano; en consecuencia, es inaceptable.

Debe quedar también perfectamente en claro que ninguna conveniencia secundaria (electoral, por ejemplo) puede ser usada para disminuir la fuerza de la tesis antedicha.

Asimismo se ha de decir que la existencia de una alianza o entendimiento político con otros partidos que nunca se han declarado demócratacristianos ni se proponen hacerlo ahora, puede ser mantenida sin ningún inconveniente a condición de que, pasado cierto tiempo, no se empiece a plantear la necesidad de fusión. La posibilidad de una alianza o de un entendimiento estrecho no significa militancia en un mismo partido. **QUE SOBRE ESTO NO SE ENGAÑEN NI PROPIOS NI EXTRAÑOS.**

e) La política del PDC es llevada a la luz del día. Las viejas costumbres de los partidos formados en el clima del parlamentarismo liberal son reemplazadas por la práctica de los métodos basados en la amplia publicidad. El Partido aspira a convencer, a persuadir a las grandes masas y a los grupos que forman la inteligencia ciudadana. Ello se logra dejando de mano los tradicionales métodos de la política de pasillo.

El PDC entiende que su acción se dirige a las grandes masas, no a los círculos de dirigentes. En consecuencia, planteará su razonamiento con la mayor amplitud posible, tratando de obtener la necesaria adhesión del pueblo por la vía persuasiva, del intercambio frecuente de ideas y del conocimiento cabal de sus motivos y fines.

Frente al Gobierno.—El Gobierno actual es una clara expresión de un sistema de ideas y de fuerzas sociales, que no representan ni el pensamiento que inspira ni los objetivos que busca la Democracia Cristiana. Es indudable que el Gobierno representa un poderoso conjunto de fuerzas políticas y en especial de poderío económico, que dentro de un marco limitado puede resolver algunos problemas concretos.

El Partido Demócrata Cristiano no persigue derribar un Gobierno legítimo, ni oponerse a medidas concretas que sean justas o adecuadas, pero en su conjunto el Gobierno representa fuerzas que tienen una concepción individualista de la vida social. Significa mantener y afianzar las actuales estructuras políticas, económicas y sociales. Concretamente, expresa las ideas y los intereses de los que controlan las empresas y el capital y en definitiva no pueden representar los intereses de los trabajadores, ni afrontar las soluciones de fondo, que afectan a los grandes sectores mayoritarios. Por eso aun cuando pueda realizar determinadas tareas de ordenación administrativa o solucionar algunos problemas,

el conjunto de su acción agudiza las desigualdades en las oportunidades, retarda el inevitable proceso de democratización de nuestra vida política, económica y social y concentra las ventajas en grupos reducidos que ya gozan de excesivos privilegios. Todo esto conduce a detener un proceso sociológico universal de ascensión de las clases medias y populares a nuevos planos de evolución.

Es por esto que el Partido Demócrata Cristiano está **EN ABIERTA, CLARA Y DECIDIDA OPOSICION.**

El Partido Radical representa hoy por hoy una posición de equilibrio inestable típicamente centrista entre la Derecha y la Izquierda. Se debe dejar que ese movimiento pendular de fracciones internas dé sus propios frutos, sin que el Partido Demócrata Cristiano se sienta ligado en manera alguna a su desarrollo y desenlace.

Frente al totalitarismo comunista, el Partido Demócrata Cristiano reafirma su inalterable línea de oposición. Entre ambos hay una diferencia integral. Tiene un diferente concepto de la persona y sus derechos, de la familia, de la economía y del Estado. Diferentes son sus tácticas y distintos sus objetivos. Por eso no puede existir entre ambas fuerzas ni alianzas ni pactos políticos ni electorales. En consecuencia, el Partido Demócrata Cristiano tampoco podría celebrarlo con el FRAP, integrado por estas fuerzas determinantes. **Frente al Partido Comunista y al comunismo,** el Partido Demócrata Cristiano reafirma su convicción de que la persecución policial, la exclusión por ideas de la comunidad nacional, son métodos que rechaza por considerarlos contrarios a una real interpretación de la Democracia y constituyen una forma de evadir con cobardía lo substancial del problema.

El Estado debe, en igualdad de condiciones, castigar a todo ciudadano que atente contra su seguridad, por vías antidemocráticas, y por eso el Partido Demócrata Cristiano ha sido sostenedor de disposiciones que la garantizan y la protegen. Pero no aprueba crear discriminaciones ideológicas que justifiquen persecución. Frente a un mundo en crisis moral, a un régimen de capitalismo materialista y a una sociedad movida sólo por motivos económicos, la Democracia Cristiana representa la concepción de una nueva sociedad capaz de dar al hombre común, una esperanza y una fe y presentar una solución que traduzca sus anhelos de un mundo mejor. Es por esto que la Democracia Cristiana representa en el porvenir la única alternativa vigorosa frente al mito de la sociedad comunista.

El Partido Nacional Popular, sin ser una colectividad demócratacristiana, ha sido un aliado y está en situación de estrechar lazos con nuestro Partido. Resultaría ampliamente satisfactorio concertar con él un entendimiento capaz de mantener un frente de acción parlamentaria y electoral. Aceptamos,

pues, un pacto político-parlamentario-electoral, siempre y cuando esté extendido en términos tales, QUE POR NINGUN MOTIVO SIGNIFIQUE LA MAS LEVE POSIBILIDAD DE TRANSIGIR EN NUESTROS POSTULADOS DOCTRINARIOS O NUESTROS PROPOSITOS PERMANENTES EN RELACION CON EL CONCEPTO DE PARTIDO DE VANGUARDIA, NO FUSIONABLE, CON UNA DISCIPLINA INFLEXIBLE, más amplia democracia interna, conceptos todos aclarados en el contexto del presente voto.

El Partido Demócrata Cristiano debe realizar, junto con la acción política general, una acción concreta allí mismo donde el pueblo realiza su actividad normal. Esto supone y consiste en: a) Participación en los centros de adelanto local y regional, en las juntas de

vecinos, en las campañas de bien público. b) Trabajar en las organizaciones sindicales, mutualistas, culturales y deportivas; c) Organización de campañas de alfabetización popular, contra el alcoholismo, de higiene, de urbanización, de fundación de nuevas escuelas; d) Dictación de charlas sobre temas cívicos, culturales y científicos; e) Realización de cursos de economía doméstica, de mejor aprovechamiento de la tierra, de capacitación artesana, de industrias caseras, de autoconstrucción de viviendas; f) Organización de cooperativas de consumo, de viviendas y de ahorro; g) Fundación de clubes deportivos y centros culturales; h) Funcionamiento de policlínicos, de asistencia social y de consultorios jurídicos.

“No nos vamos a poner ni en la Derecha, ni en la Izquierda, ni en el centro, ya que nuestra revolución no es centrista”. (Fidel Castro, La Habana, 9, PUI).

POLITICA internacional

LENTA RECTIFICACION

Desde el término de la Segunda Guerra Mundial, hace catorce años, una divergencia cada vez menos oculta se viene desarrollando en este continente: la de Estados Unidos y América Latina, aliados y asociados, "partners" de la Organización de Estados Americanos, la más antigua y, al parecer, más sólida organización regional en un mundo que ya ha superado la era de las naciones aisladas. Esa pugna se desarrolla en torno a un problema bien preciso: la proyección económica del sistema interamericano, problema para el cual los dirigentes norteamericanos han propuesto una solución que no es del gusto de América Latina. Los gobernantes de ésta se han manifestado durante algún tiempo oficialmente deferentes a la actitud de Washington, pero, finalmente, bajo la presión de la opinión —donde hay opinión— y de los hechos —los hechos son porfiados— el desacuerdo ha terminado por agudizarse. Su filo ha roto el velo de la unanimidad panamericana y ya no resulta fácil hacer proezas de equilibrio sobre él.

En 1945, al término de la guerra, los países de América Latina eran dueños de divisas acumuladas por un valor total de más de 2.700 millones de dólares. En 1947, los latinoamericanos tenían ya una balanza comercial desfavorable en 1.800 millones de dólares en su intercambio con Estados Unidos. Las reservas se habían evaporado. Los efímeros nuevos ricos habían vendido sus productos a precios de guerra y comprado a precios de postguerra. En 1958, después

de unos años de auge también transitorio, se encontraban con un déficit comercial de 900 millones de dólares y con que sus reservas de oro y divisas habían descendido al más bajo nivel registrado en los últimos catorce años. La inflación hacía estragos en, prácticamente, todos los países de América Latina. Entretanto, se habían celebrado alrededor de una docena de conferencias interamericanas surtidas, incluyendo reuniones de cancilleres, de ministros de hacienda y hasta de Presidentes. En dichas reuniones, Estados Unidos había obtenido de América Latina las más acabadas muestras de solidaridad política y militar, pero América Latina no había logrado que se concretara en el terreno económico la solidaridad que esperaba encontrar dentro de un sistema "total" como el interamericano. Sólo después del viaje del vicepresidente Nixon, hace justamente un año, Washington principió a sospechar que su política latinoamericana no era tan "sana, práctica y efectiva" como aseguraban los voceros del Departamento de Estado, del Partido Republicano y de las grandes finanzas. Sólo entonces comenzó a esbozarse un viraje, pero la voluntad de una rectificación se ha mostrado hasta el presente sobrado cautelosa, falta de audacia y a la zaga de los hechos. La "Operación Panamericana", de la cual es parte la "Comisión de los 21", que se reunió hace poco en Buenos Aires, parece amenazada por ese espíritu, o esa falta de espíritu.

LOS PRECIOS DE LAS EXPORTACIONES LATINOAMERICANAS

A una política de cooperación interamericana, con vistas a su urgente desarrollo económico, los países de este continente pueden pedirle dos cosas bien concretas: planes orgánicos y efectivos de préstamos e inversiones públicos y privados, y un mercado estable y con precios remunerativos para sus exportaciones de materias primas.

Ordinariamente se hace mucho hincapié en el primer punto y no se da la debida importancia al segundo, que la tiene aún mayor.

El problema de los precios de las materias primas que exporta América Latina tiene una enorme gravitación en la economía y la política de estos países, por varias razones.

En primer lugar, como es sabido, la gran mayoría de las repúblicas latinoamericanas vive, prácticamente, de la exportación de sólo uno o dos productos que componen una proporción excesiva del total de sus ventas al exterior. Si Venezuela deja de vender

petróleo, sus exportaciones quedan reducidas al 7% de las actuales. El sólo café representa el 83% de las exportaciones de El Salvador, el 77% de las de Colombia, el 73% de las de Guatemala, el 70% de las haitianas y el 67% de las brasileñas. El azúcar constituye el 82% de las exportaciones de Cuba y el 56% de las dominicanas. Si Panamá y Honduras no encuentran mercado para sus plátanos, se pudren el 73% y el 54%, respectivamente, de sus exportaciones. Chile depende del cobre en un 67%, la Argentina, de la carne y los cereales en un 58%, el Uruguay, de las ventas de carne y de la lana en un 80%, y Nicaragua, de las de café y algodón en un 82%. ¿A qué seguir? Como se ve, se trata de economías con muy poca defensa, ya que dependen de las fluctuaciones que tengan en el mercado internacional uno o dos productos.

En segundo lugar, dada la estructura económica de estos países, el comercio exterior —importaciones

y exportaciones, y especialmente éstas— tienen una importancia excesiva, también, en la constitución de la renta nacional. Si Alemania Occidental, Italia o Francia dejaran de comerciar con los demás países, las entradas de sus habitantes bajarían sólo en un 20 ó 30%, cuando mucho. En cambio, el promedio de reducción para América Latina sería de un 50% y en más de un caso llegaría al 80%. Y como por su misma debilidad económica estos países pueden importar sólo en la medida en que exportan, toda disminución de esta actividad, por bajas de volumen o de precio, repercute catastróficamente en el conjunto de la economía, incluidas, desde luego, las finanzas fiscales.

Con estos antecedentes es fácil apreciar la repercusión que ha tenido en toda América Latina la baja constante que se ha venido operando en los precios de sus exportaciones. Si se sitúa en 1953 el índice 100 para dichos precios, tomando el promedio de todas las exportaciones, el índice se precipitaba hacia 90 en el segundo semestre del año pasado, de acuerdo con un cálculo más bien optimista. En 1957, en los doce principales productos de exportación de este continente se produjeron bajas de entre el 8% y el 40% con relación a 1956. El cobre bajó un 26%; el zinc, otro tanto; el plomo, un 18,8%; el azúcar, el 21,4%; la lana, el 24,4%; el maíz, el 14,2% y así por el estilo.

Este fenómeno es mucho más grave si se considera que, en el mismo lapso, los precios de las importaciones latinoamericanas, que en su gran mayoría son de productos manufacturados —y entre ellos, los bienes de capital necesarios al desarrollo económico— han subido con una tendencia no menos segura que la de la baja de las exportaciones. Si se atribuye, también, la base 100 a 1953, resulta que a mediados del año pasado el índice de las importaciones estaba en 105, mientras que el de las exportaciones se precipitaba, como se ha dicho, hacia 90. No se ha publicado aún, a lo que parece, una evaluación de lo que

este movimiento divergente de los precios —“deterioro de los términos del intercambio”, lo llaman los economistas— ha significado para América Latina. Cabe citar, sí, una vez más, la apreciación del Presidente Frondizzi, en cuanto a que el mismo fenómeno le costó a nuestros países, entre 1938 y 1953, la bonita suma de unos 14.000 millones de dólares.

Por cierto que no es Estados Unidos el único responsable y beneficiario de ese fenómeno del comercio internacional que significa una verdadera prima que pagan los pueblos subdesarrollados, para impulsar el crecimiento de los países industriales. Pero sí, es Estados Unidos en principal beneficiario, por lo menos, ya que es también el más importante comprador y vendedor de América Latina. Es el mercado norteamericano el que absorbe más del 40% de las exportaciones de todos los países latinoamericanos, salvo Perú, Haití, Paraguay, Argentina y Uruguay. Por otra parte, todos los países de América Latina, excepto Brasil, Paraguay, Argentina y Uruguay compran a Estados Unidos más del 40% de lo que importan. Estados Unidos es, pues, el principal interlocutor de América Latina en materia de comercio exterior. A ello habría que añadir que, en una proporción mayoritaria, son también empresas norteamericanas las que producen las exportaciones de este continente y se benefician con ello.

Y, por último, no son los países europeos los que se han aliado política, militar y económicamente con los de América Latina para constituir un sistema regional en beneficio de todos y cada uno de sus miembros. No son los países de Europa los que, al firmar, por ejemplo, el Convenio Económico de Bogotá, declararon que tenían “el deber de cooperar para la solución de sus problemas económicos, de actuar en sus relaciones económicas internacionales, animados por el espíritu de buena vecindad”. Fueron las repúblicas de América Latina y... Estados Unidos. Si se cuentan las firmas, se verá que son cabalmente 21.

LA AFLUENCIA DE CAPITAL

En 1914, Estados Unidos era, en orden de magnitud, el segundo inversionista en América Latina, con menos de la mitad de las inversiones inglesas, ascendentes entonces a 3.700 millones de dólares. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, de los 9.000 millones de dólares invertidos por los extranjeros en América Latina, los ingleses tenían 4.000 millones y los norteamericanos 3.500. Esta cantidad se había duplicado en 1956 y ascendía a unos 9.500 millones a comienzos de 1959. Sin embargo, de acuerdo con los cálculos de un economista norteamericano, el señor W. S. Woytinski, reduciendo las inversiones de Estados Unidos a términos de valor real, esos 9.500 millones de 1959 equivalían a sólo 3.000 millones de 1914, lo que significa que durante esos 45 años se produjo un aumento real de las inversiones de Estados Unidos —es decir, verdadera afluencia de capital— sólo en muy moderada proporción (el 70%). Como al mismo tiempo se han liquidado y transferido a diversas manos las otrora importantes inversiones europeas, re-

sulta que la afluencia de capital privado norteamericano no ha logrado, ni mucho menos, reemplazar a los capitales del Viejo Mundo como motor de la expansión económica de América Latina. Esto puede significar, por un lado, que la economía latinoamericana se ha nacionalizado; pero, por otra parte, indica claramente que la famosa receta de la inversión privada o de las facilidades para ella, no da prácticamente los resultados que exaltan sus propagandistas. Sería difícil negar que, durante las primeras décadas de este siglo, el inversionista norteamericano encontró toda clase de facilidades en las repúblicas de este continente y que el propio Gobierno norteamericano le prestó un apoyo que, en muchos casos, fue descarado y hasta armado. Sin embargo, los resultados distan de ser los que pregonan los campeones de la inversión privada o los que critican los enemigos del imperialismo. Resulta en verdad sorprendente que, guardadas las proporciones, según se ha dicho, el inversionista privado norteamericano no haya sido capaz de

reemplazar al europeo como abastecedor de capitales para América Latina. Si su influencia parece mayor, posiblemente se deba a la eliminación del antiguo rival británico, francés o alemán, que contrabalancean su peso.

—oOo—

Es muy posible que esa renuencia del capital privado norteamericano a invertirse en América Latina se deba, ante todo, a las casi ilimitadas posibilidades, con máximas seguridades, que los capitalistas norteamericanos encuentran en su propio país, en proceso casi continuo de expansión económica, con utilidades realmente pingües. En 1955, por ejemplo, las empresas siderúrgicas instaladas en EE. UU., obtuvieron un 15% de utilidad neta; los fabricantes de aviones, un 27%, y los de automóviles, un 29%. Con semejantes utilidades, la tentación de arriesgar capitales en el extranjero no puede ser demasiado grande. Por otro lado, es un mercado como el canadiense el que resulta más atractivo para el empresario norteamericano, y, así, hay actualmente invertidos en Canadá tantos dólares como en toda América Latina. Esas crecidas inversiones no han dejado últimamente de provocar problemas políticos y económicos, determinando una reacción coloreada de nacionalismo.

Pero las inversiones privadas no sólo han resultado insuficientes en su monto, sino insatisfactorias cualitativamente. De preferencia, se han dirigido a la explotación de materias primas exportables y han acentuado el carácter monoprodutor y dependiente del extranjero, que tiene la economía de los países latinoamericanos. De los 7.000 millones invertidos en 1956, el 55% lo estaba en empresas petroleras, mineras o agrícolas, que producían para la exportación. El aumento de las inversiones, experimentado desde entonces, ha favorecido en su mayor proporción al petróleo, que es el que ofrece las mejores ganancias. Pero ese tipo de inversiones no podría, por cierto, considerarse como una ayuda efectiva para operar en la economía latinoamericana el cambio de estructura que ésta necesita. Este papel habría debido corresponder a los préstamos de capital público, más éstos también se han demostrado insuficientes.

—oOo—

— Es cierto que el Banco de Exportación e Importación (Eximbank), que es una institución exclusivamente norteamericana y controlada por el Gobierno, ha autorizado para América Latina, entre 1945 y 1958, préstamos por un total de 3.500 millones de dólares, o sea, poco menos de la mitad de lo que ha prestado al mundo entero. Por su parte, el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento había prestado a América Latina, hasta fines de 1957, 745 millones de dólares.

Por último, durante los siete años transcurridos entre 1952 y 1958, a través de sus diversos programas de asistencia técnica y ayuda económica —incluyendo la de este tipo, considerada como apoyo a gastos de defensa—, Estados Unidos ha aportado, en total, la suma de 285 millones de dólares, cantidad inferior, anota el ya citado profesor Woytinski, al precio de un acorazado o de un portaaviones moderno.

En el informe emitido por la Comisión de los 21 en Washington, a fines del año pasado, precisamente cuando se acordó la creación del Banco Interamericano, se anotaba que “la afluencia neta de capital procedente de organismos gubernamentales de EE. UU. y de organismos internacionales, alcanzó un promedio anual de 213 millones de dólares durante el período 1950-57...” “La corriente de capital privado de EE. UU. a América Latina alcanzó un promedio de 371 millones de dólares por año durante el período 1950-57, excluyendo las ganancias reinvertidas por las empresas subsidiarias”, esto es, considerado sólo el “capital fresco”.

El mismo informe señalaba que, “en el lapso 1950-57, la afluencia neta de capital (incluido el no norteamericano), representó, aproximadamente, un 8% de la inversión bruta interna en América Latina, o cerca del 13% de la inversión neta interna”; además, esa afluencia de capital significó el 9% de la capacidad de América Latina para hacer importaciones durante el período señalado.

En el mismo documento, la Comisión de los 21 llegaba a la conclusión de que es indispensable, durante los próximos años, un aumento de la afluencia neta de capital a América Latina, no ya para acelerar el crecimiento, sino sólo para mantener la tasa de aumento de las importaciones y de la renta nacional que se logró durante el período 1950-1957. Como los canales usados hasta el presente no permitían alentar tales esperanzas, fue que finalmente se llegó a la creación del Banco Internacional de Fomento, con un capital de 1.000 millones de dólares.

—oOo—

Hace más de cuatro años, una Comisión especial designada por la CEPAL, estimó que, en el próximo decenio, América Latina debía recibir del exterior no menos de 1.000 millones de dólares al año, en préstamos e inversiones, para que su economía se desarrollara un 2% más rápidamente que su población. Entre esos 1.000 millones y los 584 que se han estado recibiendo en promedio durante los años 1950-57, hay una apreciable diferencia. ¿La cubrirá el Banco Interamericano con sus 1.000 millones de capital? ¿Aumentarán sus préstamos el Eximbank o el Banco Internacional, o sus aportes los inversionistas privados? Es ése un problema el cual “los 21” aún no han dado respuesta, ni se espera que la den, al menos en Buenos Aires.

¿SE PUEDE PERDER LA GUERRA FRIA EN AMERICA LATINA?

La afluencia de capital extranjero en general y, específicamente, norteamericano, ha sido insuficiente para el desarrollo económico que necesita América Latina en la actual coyuntura. Ni las inversiones privadas ni los préstamos públicos han alcanzado un monto satisfactorio. Esa deficiencia no se ha visto compensada por una ayuda del gobierno de Estados Unidos, equivalente a la que éste ha prestado a otras naciones, y que ha cumplido —a veces de sobra— ese papel compensatorio y necesario para el desenvolvimiento económico y la estabilidad política.

Conviene aclarar desde la partida un punto que aún no termina de ser bien comprendido no sólo por los norteamericanos sino por grandes sectores de América Latina. Una ayuda masiva de Estados Unidos a estos países no sería gratuita a título de simple donación sino, meramente, el cumplimiento de una obligación libremente asumida y un acto político-económico que beneficiaría tanto, si no más, a Estados Unidos como a América Latina.

En efecto, el sistema interamericano, construido sobre un conjunto de pactos internacionales, tiene una base contractual, de acuerdo con la cual, cada parte aporta algo en beneficio de la otra para recibir una utilidad más o menos equivalente. De otro modo se trataría de un vasto contrato leonino, en virtud del cual uno de los contratantes daría lo que puede y no recibiría nada en cambio. En el hecho, y por desgracia, tal ha sido en gran parte el carácter del panamericanismo y es por ello que, según Haya de la Torre, un negro de Panamá definía al Panamericanismo como "un pan que hemos hecho nosotros y se han comido los americanos".

Dentro de la organización panamericana, América Latina se ha comprometido a prestar a Estados Unidos —y lo ha prestado efectivamente— su apoyo político y militar. El Tratado de Río de Janeiro en 1947 y la Declaración de Caracas en 1953 constituyen, en el hecho y en el derecho, la expresión de la más completa solidaridad política y militar de América Latina con su vecino del norte. En contrapartida, aquélla ha pedido a éste que le preste su respaldo económico. No ha pedido donaciones ni regalos, sino el cumplimiento de una obligación, pues en los pactos o declaraciones de las distintas reuniones y conferencias interamericanas de los últimos veinte años se viene repitiendo que en sus relaciones económicas los miembros de la Organización deben aplicar los principios de la buena vecindad y proyectar su solidaridad. De acuerdo con esos principios, no han pedido los países latinoamericanos que les regalen en dinero, sino que les presten en cantidad y condiciones satisfactorias y que se les garanticen precios estables y equitativos a los productos de cuya exportación viven. En realidad, la ayuda gratuita, semejante a la otorgada por miles de millones de dólares a los países europeos mediante el Plan Marshall vendría a ser supletoria y de emergencia. Según se ha visto, no se

ha obtenido aquella forma de ayuda ni ésta. El resultado ha sido, en lo económico, una crisis generalizada en los más importantes países de América Latina, y en lo político una grave y evidente crisis en las relaciones de estos países con América Latina. Es evidente, también, que una gran parte de responsabilidad por la mala situación económica latinoamericana cabe a los gobernantes de cada república, pero en la misma forma aparece que es culpa ante todo del Gobierno de Washington el actual deterioro de las relaciones entre las dos Américas.

Desde el estallido de la guerra fría, la diplomacia norteamericana ha estado guiada por el principio de reforzar, ante todo, militarmente y luego en el terreno económico, todos los puntos donde el poder expansivo del comunismo pudiera romper las fronteras entre los dos mundos. América Latina, considerada políticamente segura, en situación económica no demasiado mala y geográficamente alejada del centro euroasiático del poder comunista, quedó postergada. Según palabras del senador norteamericano Lyndon B. Johnson, "con toda honradez debemos admitir que EE. UU. no ha ayudado en su calidad de buen vecino, como debiera haberlo hecho. Del total de donaciones y créditos que EE. UU. desembolsó desde la II Guerra Mundial hasta diciembre de 1957, América Latina recibió sólo el 4,3%". Se trata del total de donaciones y créditos. En materia de meras donaciones y considerando sólo las no militares, el porcentaje que corresponde a América Latina es aún mucho más bajo: el 1,7%.

En un reciente artículo, que los embajadores de Estados Unidos en América Latina reunidos ahora en Santiago deben haber leído, Herbert L. Matthews, famoso experto del "New York Times" en asuntos relativos a este continente, estampaba una afirmación que parece contener la clave del problema: "La guerra fría no puede ganarse en América Latina, pero puede perderse por América Latina". Bajo la dirección de Mr. John F. Dulles sólo se ha considerado el primer aspecto: está claro que no es en este continente donde Estados Unidos va a ganar la pugna con Rusia: ella se decidirá en Europa y en Asia. Pero si el sistema interamericano se derrumba, si Estados Unidos pierde los veinte votos de las repúblicas latinoamericanas en las Naciones Unidas, la garantía de la zona de seguridad hemisférica y el aprovisionamiento de 30 de las 67 materias primas estratégicas indispensables, Estados Unidos pierde la guerra fría. Eso lo saben perfectamente el Departamento de Estado y el Pentágono. Pero también saben que los hombres que tienen el poder en América Latina no ganan nada con la pérdida de Estados Unidos y que esos hombres no están en peligro de perder el poder. Por lo menos todavía. De otro modo, la reunión de los 21 en Buenos Aires habría sido muy distinta.

INFORME DE LA COMISION POLITICA

El Consejo del Partido resolvió nombrar una Comisión Política con el objeto de que preparen un informe que debía ser presentado al próximo Congreso y comunicado con anterioridad a las bases del Partido.

Este informe vendría a anticipar los principales puntos del debate político que ha de producirse en el Congreso y permitiría al ordenar las ideas y al situar las diferentes tesis que se plantean en la actualidad, un mejor aprovechamiento del trabajo mismo que se efectuará en los días del Congreso, ya que los militantes habrán tenido la oportunidad de estudiar previamente los temas en discusión.

La Comisión no pretende imponer a nadie un criterio ni tampoco fijar desde ya los límites o los términos del debate. Sólo pretenden ayudar a los militantes a que fijen su propio pensamiento y para ello entrega como un simple aporte las diferentes ponencias que se presentaron a la Comisión. Los militantes pueden sentirse interpretados por alguna de estas ponencias como también formular puntos de vista que no se encuentren reflejados en ellas. Para todo lo cual será útil el conocimiento del presente documento que da cuenta del trabajo de la Comisión.

La Comisión Política se constituyó el día lunes 9 de marzo del presente año y fue instruida acerca de su función por el Presidente de la Comisión Organizadora del Congreso, camarada Bernardo Leighton. En esa misma oportunidad fue designado Presidente de la Comisión el diputado Juan de Dios Carmona y Secretario a Julio Silva S.

La Comisión ha celebrado diez sesiones y han participado en sus deliberaciones los camaradas Rafael A. Gumucio, Eduardo Frei, Juan de Dios Carmona, Jaime Castillo, Julio Silva, Renán Fuentealba, Alfredo Lorca, Patricio Aylwin, Jorge Cash, Alberto Jeréz, Oscar Calvo, Luis Ortega, Constantino Suárez, Tomás Pablo y Hernán Frías.

Tres ponencias o tesis políticas fueron presentadas a la Comisión. Después de debatirlas ampliamente se llegó a la conclusión que si bien en ellas había muchos puntos concordantes, respondían en su conjunto, sin embargo, a tres criterios o enfoques distintos. La Comisión prefirió desistirse, entonces, de intentar refundir estas ponencias en una sola, lo que habría producido un texto en que el pensamiento central de cada ponencia se habría debilitado, cubriéndose las diferencias que efectivamente existen con generalidades que conducen más bien a eludir los problemas y no a discutirlos.

De ahí que la Comisión haya optado por dar a conocer las tres tesis o ponencias a que nos hemos referido con lo cual creemos facilitar el análisis que las bases deberán llevar a efecto.

Hemos numerado las ponencias conforme al orden en que fueron presentadas a la Comisión. La número uno está suscrita por Jaime Castillo, Oscar Calvo y Hernán Frías. La número dos está suscrita por Julio Silva S., Jorge Cash, Rafael A. Gumucio, Alberto Jeréz, Luis Ortega y Alfredo Lorca. La número tres está suscrita por Eduardo Frei, Juan de Dios Carmona, Tomás Pablo, Pedro Muga y Patricio Aylwin.

PONENCIA NUMERO UNO

I.—El Partido Demócrata Cristiano asume el papel de una vanguardia.

Esto significa:

a) Un grupo vigorosamente doctrinario, combatiente, homogéneo, de firme disciplina, sin alas fluctuantes internas, que se vuelca por entero a la consecución de determinados objetivos.

b) Es esencial el permanente y activo propósito de realizar la doctrina. La estrategia está directamente relacionada con la doctrina. No pueden admitirse actuaciones separadas de objetivos previamente trazados y perseguidos hasta sus últimas consecuencias. Tampoco pueden admitirse fines políticos que contradigan la línea del Partido como colectividad inspirada en una doctrina renovadora del orden moral, político y económico vigente. Los cambios de rumbo, el abandono de las tesis aprobadas oficialmente, las alteraciones de la marcha seguida antes de cumplidos los objetivos prefijados y por motivo de aparentes conveniencias electorales o políticas, serán desechados drásticamente. Ninguna autoridad del Partido puede plantear tesis vencidas y pedir revisión de las líneas trazadas, sino en la oportunidad correspondiente.

c) El hecho de definirse como VANGUARDIA excluye todo intento de organizar el Partido como una vasta alianza de sectores heterogéneos antagónicos. Excluye también una estructura partidaria que empiece a hacerse excesivamente elástica, de modo que al PDC se ingrese, no por fuerte convicción doctrinaria o íntima comunión con sus actuaciones, sino por motivos circunstanciales. El PDC no puede aceptar en sus filas a cualquiera, ni se abre en función de éxitos electorales. Una cosa es el Partido, otra las relaciones creadas con sectores ajenos en algunas oportunidades, como por ejemplo una campaña presidencial. Los aliados no son precisamente militantes. Asimismo, ninguna jornada electoral, por promisoría e importante que sea, puede ser colocada por encima de los fines permanentes del Partido. La Democracia Cristiana trabaja para conquistar el poder, pero lo hace mediante la voluntad de

precisar su doctrina y su línea; jamás aceptará —en la situación actual de crecimiento de las doctrinas demócratacristianas— una táctica de disimulación de sus valores propios.

En suma, queda desechada toda tentativa de convertir al Partido en una organización multitudinaria, apta para fundar, desde el poder, una gran plataforma burocrática. Si en los años venideros, el Partido ha de integrarse dentro de una mayoría nacional que asegure el poder para un demócratacristiano, ello no le hará perder en ningún instante su calidad de tropa de choque, siempre impulsando hacia adelante el movimiento de todos.

d) La política del PDC es llevada a la luz del día. Las viejas costumbres de los partidos formados en el clima del parlamentarismo liberal, son reemplazadas por la práctica de los métodos basados en la amplia publicidad. El Partido aspira a convencer, a persuadir a las grandes masas y a los grupos que forman la inteligencia ciudadana. Ello se logra, dejando de mano los tradicionales métodos de la "política de pasillos", enunciando, en cada oportunidad, los puntos de vista del Partido, y recurriendo a la opinión pública, no para ofrecerle un panorama de color rosa, sino para indicarle siempre la verdad, incluso las dificultades con que tropieza en un momento dado. En este sentido, son repudiados tanto los votos insustanciales de los partidos de espíritu liberal, como los "informes" —escritos y pensados por un pequeño grupo, aceptados sin debate por militantes y destinados a una mera apología de la dirección— a que recurren los partidos totalitarios.

El PDC entiende, pues, claramente que su acción se dirige a las grandes masas, no a los círculos de dirigentes. En consecuencia, planteará sus razonamientos con la mayor amplitud posible, tratando de obtener la necesaria adhesión del pueblo por la vía persuasiva del intercambio frecuente de ideas y del conocimiento cabal de sus motivos y fines.

II.—La misión del Partido Demócrata Cristiano es sustituir la sociedad capitalista por la sociedad comunitaria.

Esto significa:

a) Concentrar las actuaciones del Partido en la reforma de la estructura actual del sistema económico. Los moldes espirituales, políticos y sociales del régimen capitalista en

transición deben ser reemplazados por las instituciones comunitarias. El comunitarismo no es una utopía ni una forma social sin precedentes históricos. Toda aspiración a reformar el mundo del individualismo liberal

supone, como fin, la asociación comunitaria. Una economía humana, es decir, basada en la libertad y la solidaridad, es comunitaria por definición. La vida moderna, por lo demás, demuestra de manera indiscutible que el cuadro individualista de la vida social ha dejado de ser un ideal acorde en la realidad. Todo marcha hacia una nueva integración del hombre en la vida común. Las relaciones productivas y sus expresiones políticas y culturales no escapan a ese movimiento, sino, por el contrario, lo definen.

En consecuencia, corresponde abandonar ese pudor doctrinario que ha impedido hasta hoy a los cristianos emplear un lenguaje franco sobre esta materia y que en cierta medida limita los objetivos de los políticos demócrata-cristianos. La sociedad comunitaria es un objetivo de nuestro siglo, así como lo es, y por la misma razón histórica, el socialismo. La diferencia entre ambos sistemas radica en que este último se ha convertido de hecho en un colectivismo estatal políticamente totalitario, traidor incluso a las básicas pretensiones del movimiento socialista.

b) Alejar todo conformismo con el orden establecido, rompiendo políticamente con los sectores que representan el mundo del capitalismo criollo; denunciando su inmoralidad esencial; demostrando su corrupción de fondo; apoyando a las fuerzas vivas que trabajan en su contra; no buscando jamás su apoyo, aún a trueque de sufrir derrotas; no utilizando nunca sus métodos de aplastamiento a base de dinero, persecución o propaganda; divulgando entre los hombres y mujeres de formación religiosa la auténtica filosofía cristiana de la vida social; y, por sobre todo, evitando trazar planes de sucesión en los que se considere como carta de triunfo el compromiso con dichos sectores.

c) Desechar, asimismo, todo proyecto ilusorio con respecto a las posibilidades de una sustitución del capitalismo por las tendencias del colectivismo dictatorial. El PDC considera fracasadas, a la luz de la experiencia histórica, las tentativas de resolver los conflictos de clase mediante el establecimiento de

estados, colectivistas totalitarios. Asimismo, considera que la tesis —de origen marxista— de una “dictadura democrática de transición”, puesta al servicio, según se dice, del proletariado victorioso, conduce de hecho a la sociedad totalitaria, único fruto auténtico que ha resultado de la aplicación integral del capitalismo.

En vez de la “dictadura democrática” de transición revolucionaria (dictadura del proletariado), se debe recurrir en los casos de conflicto social profundo o de derrumbamiento de una tiranía burguesa, a la fórmula de “Gobierno Popular” encargado de obtener el acelerado regreso a la democracia. Se debe trabajar vigorosamente por inculcar en la conciencia de las masas la idea de que es Gobierno popular sólo el que, en tales situaciones, asegura dicho acelerado regreso. El uso de la violencia arbitraria por parte de los hombres que ejercen el poder, por muy pura que sea su revolución y muy criminales sus adversarios, no hace sino trazar una línea igualadora entre el verdugo de antes y el verdugo de hoy. Toda dictadura corrompe los fines que persigue. La eliminación violenta de los representantes de clases privilegiadas crea las condiciones para nuevos privilegios de clase. La democracia, en cambio, practicada lealmente por un Gobierno popular, deja automáticamente de anquilosarse en el formalismo legal, y se convierte, como ha demostrado la historia del siglo XX, en un magnífico instrumento para desplazar las capas reaccionarias. Un Gobierno popular debe asegurar, pues, la amplia educación del pueblo, su ilimitada participación en los actos políticos, su seria organización, su amor por la libertad, su firme convicción de que, en las condiciones actuales, el hecho de armarse como clase punitiva, a través de un partido de dictadores, no será solución de ninguna especie. Por el contrario, los frutos de tales dictaduras son efímeros, las huellas profundas de la corrupción totalitaria marcan durante años y años a los pueblos y los elementos reaccionarios terminan apareciendo justificados en todas sus aspiraciones.

III.—La línea táctica del Partido Demócrata Cristiano se sujetará a lo siguiente:

a) De conformidad con todo lo anterior, el **PDC no es un Partido de centro: no está equidistante de la Derecha y la Izquierda, ni aspira a moderar el socialismo o popularizar el capitalismo.**

Aspira a crear un mundo fraternal de donde la opresión económica y la brutalidad policial se hallen ausentes. Por ello, **tampoco se define como de “Izquierda” o de “Derecha”.** Cada uno de sus actos tenderá a pro-

mover la superación psicológica y social de los viejos casilleros políticos, encabezando la tarea de transformar la sociedad y desplazando a quienes no pueden emprenderla sin introducir en ella su propia degeneración.

En este orden de cosas, tanto los dirigentes nacionales, como los parlamentarios y los técnicos demócrata-cristianos contraen la obligación sagrada de proponer ante el país, desde la oposición, las modificaciones estructu-

rales que el país requiere y que actualmente hacen imposible el advenimiento de nuevas formas de vida social. El PDC entiende que sólo una política realista y progresiva puede ser concebida como popular. A la vez, califica como "popular" a un plan de acción que tenga por primer objetivo poner toda su organización y su fuerza al lado de las clases trabajadoras en su tradicional lucha por alcanzar su liberación social y política.

El papel del Partido consiste, pues, tanto en identificarse con dicho movimiento popular, como en contribuir a perfilar sus objetivos dentro de las ideas comunitarias y democráticas.

b) Debe quedar rápida y definitivamente aclarado que el PDC no es susceptible de fusionarse con ningún otro partido que no se reconozca ni pueda ser definido como demócratacristiano. El concepto de fusión se aplica al hecho de integrar dos colectividades en una tercera, la cual es una realidad nueva, distinta de sus componentes. De ser llevado a la práctica este objetivo significaría la desaparición o el debilitamiento del PDC. En consecuencia, es inaceptable.

Debe quedar también perfectamente en claro que ninguna conveniencia secundaria (electoral, por ejemplo), puede ser usada para disminuir la fuerza de la tesis antedicha.

Asimismo, se ha de decir que la existencia de una alianza o entendimiento político con otros partidos que nunca se han declarado demócratacristianos, ni se proponen hacerlo ahora, puede ser mantenida sin ningún inconveniente a condición de que, pasado cierto tiempo, no se empiece a plantear la necesidad de fusión. La posibilidad de una alianza o de un entendimiento estrecho no significa militancia en un mismo partido. Que sobre esto no se engañen ni propios ni extraños.

c) Toda la táctica del PDC girará en torno a sus objetivos programáticos. La realización de estos objetivos será la que califique amistades, coincidencias, simpatías o enemistades, discrepancias y antipatías.

El Partido no rehuye acciones comunes con otras fuerzas, si ellas se refieren a la defensa del orden democrático o de criterios elementales de justicia social. Pero tiene clara conciencia de que habitualmente los partidos intentan solucionar sus dificultades con proposiciones de "bloques" y "alianzas", respecto de las cuales la opinión demócratacristiana está cansada. En consecuencia, las acciones comunes, surgidas de la lucha opositora, de la defensa de ciertos valores humanos, o de las contingencias diarias, serán resueltas en los planes pertinentes, o sea dentro de los organismos parlamentarios, sindicales, técnicos, culturales, etc., sin que esto altere en absoluto la línea de independencia del

Partido ni disminuya el vigor de su lucha ideológica.

De acuerdo con lo anterior se definen las siguientes actitudes:

1.º—La oposición del PDC al gobierno y a los partidos de Derecha emana de criterios sociales diferentes. Tal oposición no puede ser realizada con el fin de derribar al Gobierno o ponerle obstáculos innecesarios; pero, en cambio, el Partido ha de tener la certeza de que un Ejecutivo que representa a los empresarios no puede sino idear una política extraña a los intereses de los trabajadores. La línea esencial de esa política gubernativa es, por tanto, antidemócratacristiana. Mientras no se desintegre la fuerza que hoy detenta el poder, el PDC, a despecho de cualquier reconocimiento o coincidencia circunstancial, no puede ser sino un vigoroso opositor.

2.º—La orientación del Frente de Acción Popular (FRAP) es incompatible con la posición demócratacristiana. Dentro de ese bloque, el Partido Comunista no permite la posibilidad de entendimiento alguno permanente, debido al hecho de que representa hoy en el mundo la complicidad internacional totalitaria en crímenes políticos sobre los cuales no cabe ya discusión. El Partido Socialista, incapaz para volver a reeditar sus combates en pro de la libertad contra el totalitarismo soviético, ha abrazado una táctica que lo conduciría, una vez triunfante, a imponer el predominio absoluto de su organización partidaria. La Democracia Cristiana no puede coadyuvar a la tarea de consolidación de un partido que, instalado en el poder, no le reconocería existencia legal y organizaría contra ella la campaña de persecuciones y calumnias cuyos atisbos reveladores se advirtieron durante la reciente campaña presidencial.

3.º—El Partido Radical representa hoy por hoy una posición de equilibrio inestable, típicamente centrista, entre la Derecha y la Izquierda. Se debe dejar que ese movimiento pendular de fracciones internas dé sus propios frutos, sin que el PDC se sienta ligado en manera alguna a su desarrollo y desenlace.

4.º—El Partido Nacional Popular, sin haberse proclamado una colectividad demócratacristiana, ha sido un aliado y está en situación de estrechar lazos con nuestro Partido. Resultaría ampliamente satisfactorio concertar con él un entendimiento político capaz de mantener por un largo tiempo un frente de acción parlamentaria y electoral.

Al efecto, el PDC propondrá una alianza con los nacionalpopulares en los siguientes términos:

a) Un sistema de consultas entre las Directivas, a fin de enfrentar con un mismo criterio los acontecimientos políticos nacionales e internacionales;

b) Un estudio conjunto de la acción parlamentaria que deba desarrollarse;

c) Acuerdos electorales de orden general, que sirvan para complementar la situación de ambos partidos en todas las campañas, tanto generales como extraordinarias.

* * *

PONENCIA NUMERO DOS

1.—Las nuevas condiciones del mundo.

El supuesto fundamental de toda política constructiva en el mundo de hoy día es el supuesto de la paz. Si el hombre no gana la paz no es posible siquiera concebir una política para el futuro. La vida y el progreso tienen hoy por condición ineludible la vigencia de la paz.

Un mundo en paz tiene en nuestros días un profundo significado. Significa que se abrirá paso el camino de la cooperación constructiva de todas las fuerzas que en una u otra forma buscan la democracia, la igualdad social y el bienestar para todos los hombres, que se activará la promoción de los pueblos subdesarrollados hacia niveles propios de la civilización moderna, que se acelerará la integración de los pueblos afines en grandes comunidades supranacionales, que los enormes recursos de la ciencia y la tecnología serán puestos al servicio de la humanidad para terminar con la miseria y elevar la condición de los pueblos.

La Democracia Cristiana está consciente de estos grandes desafíos y trabaja para responder a ellos de una manera creadora. Sostenemos que el mundo se encamina hacia una nueva edad. El capitalismo individualista está en crisis y esta crisis no podrá resolverse en definitiva sino cuando la sociedad adopte estructuras de tipo comunitario. Sólo un mundo de formas comunitarias hará la unidad moral y social de los pueblos.

2.—El avance de los pueblos.

En el momento presente se advierte el auge que están alcanzando los pueblos subdesarro-

llados en la lucha por su progreso nacional y social. Los pueblos de Latinoamérica, del Africa, del Asia, del Mundo Arabe, salen de su relativa inmovilidad y buscan su propio camino de ascenso político y económico. Estamos con esta importante corriente de la historia. Sostenemos el concepto que el problema del desarrollo económico debe abordarse con un criterio moderno y técnico, al margen de las rígidas escuelas socialistas y capitalistas, conforme a una planificación por etapas del desenvolvimiento del país que integre en el esfuerzo común todas las energías y medios aprovechables. El Partido debe pedir a sus técnicos la continua elaboración de estos planes que han de cubrir asuntos tan decisivos como la reforma agraria, el desarrollo industrial, el comercio exterior, la política de remuneraciones, de viviendas, etc.

3.—Resuelta línea de oposición popular.

Frente al Gobierno que preside el señor Alessandri sostenemos una política resueltamente opositora. Esta actitud no se basa en razones circunstanciales u oportunistas. Una gran distancia nos separa de las fuerzas y de la mentalidad que dirigen este gobierno. En efecto, su política, en lo fundamental, no ha hecho sino continuar con los procedimientos puestos en práctica por los Klein-Saks durante los últimos años, lo que ha conducido a una disminución del ingreso nacional. Esta política lesiona los intereses del país y del pueblo, ya que junto con achicar nuestra economía reduce la cuota o participación de los asalariados en la distribución de la renta nacional.

Un gobierno dominado por las fuerzas reaccionarias no podrá emprender las transformaciones en la estructura misma del régimen económico y social que son indispensables para promover un ritmo mucho más dinámico de desarrollo del país, sin lo cual no habrá solución posible a la miseria, al atraso, a la desocupación, a la desnutrición, a la insuficiencia educacional, y demás problemas que afectan gravemente a nuestra población.

Todos los estudios especializados y técnicos de organismos imparciales y de prestigio internacional, que no están al servicio de ningún partidismo, vienen a confirmar que de no emprender cambios substanciales en el sistema, los problemas indicados, lejos de atenuarse, se intensificarán aún más a causa de las presiones demográficas y de las presiones sociales de una masa humana que ya no acepta pasivamente la miseria y la injusticia.

4.—La polarización de las fuerzas sociales.

La política del gobierno no conduce sino a la polarización de las fuerzas sociales. Se ha visto que en los últimos veinte años las fuerzas sociales en Chile tienden a polarizarse a causa de las grandes desigualdades de clases que existen en nuestro país. Este proceso será necesariamente intensificado por la acción del gobierno actual. De un lado, estará el Gobierno con sus gerentes y con sus fuerzas reaccionarias vinculadas a los grandes intereses del capital nacional y extranjero. Del otro, estarán los trabajadores, las fuerzas populares, la masa del país. De un lado los que están conformes con el orden establecido; del otro, los que están descontentos y quieren cambiarlo. De un lado, el mundo del privilegio, de la ceguera social, de la añejez espiritual, del primitivismo reaccionario, en el cual se apoya el gobierno del señor Alessandri. Del otro, el mundo del pueblo llano, de los pobres, cuya voluntad de vivir y de progresar lo convierte en la fuerza más dinámica y revolucionaria de la sociedad.

Ante esta polarización de fuerzas nuestra determinación de estar junto al bando del pueblo ha de ser nítida, decidida, irrevocable. Nuestra política ha de ser tal que a nadie le quepa la menor duda en cuanto a nuestra ubicación fundamental.

8.—Frente a otros grupos políticos de base popular.

Lo anterior no significa proponer una alianza o una política de contactos permanentes con el FRAP. Es cierto que las fuerzas marxistas trabajan también dentro del campo po-

pular. En tal sentido los contactos con esas fuerzas sobre puntos concretos de interés popular es algo que, en general, el Partido nunca ha rehuído y cuya mayor o menor extensión sólo puede ser regulada por una Directiva frente a los hechos particulares que se presenten y al cuadro de la situación nacional y mundial que nuestra política tiene que considerar.

Mas, en modo alguno la decisión de situarse claramente en el campo popular envuelve la necesidad de marchar junto a los partidos marxistas. Ella, así como puede llevarnos a algunas coincidencias con esos partidos, puede llevarnos también al choque con ellos cada vez que, en el seno mismo del pueblo, debemos enfrentar sus actitudes antidemocráticas, su irresponsable exacerbación de la lucha de clases o su desprecio por la legalidad, u otras actitudes suyas discrepantes con las nuestras que surjan de los hechos mismos.

Por último, dentro de la línea de agrupar a las fuerzas que representan a la masa activa del país creemos que deben estrecharse nuestros vínculos con el Partido Nacional Popular, que fue nuestro aliado en la última campaña presidencial, con vista a una acción común que vaya forjando en la práctica una unidad cada vez más estrecha, sin que esto signifique precipitar por ahora acuerdos sobre fusión de ambos partidos, lo que no sería útil y eficaz, ya que las condiciones para tal paso requieren un camino previo de preparación y madurez que no se ha cumplido del todo.

6.—Rechazo de toda mentalidad purista o aislacionista.

El criterio expuesto implica el rechazo de todo purismo, aislacionismo, o espíritu de ruptura indiscriminada con las restantes fuerzas políticas. La mentalidad "purista" está probado que conduce al aislamiento, a un recogimiento sectario del partido, a eludir todo compromiso a fondo con las fuerzas sociales y, en definitiva, a eludir toda definición concreta. Conduce inevitablemente a una política vacilante, rodeada de inhibiciones, incapaz de ofrecer una imagen clara de sí misma, incapaz de obrar en el campo de las realidades y por lo mismo reclusa cada vez más al campo de la mente pura, de los conceptos vacíos, de la ficción intelectual. — Jorge Cash, R. A. Gumucio, Alberto Jerez, Julio Silva, Alfredo Lórca, Luis Ortega.

PONENCIA NUMERO TRES

1.—El Partido Demócrata Cristiano reafirma su adhesión a los principios esenciales en que se funda.

El conocimiento y estudio de los valores doctrinarios darán al Partido seguridad en la acción y claridad en los objetivos.

La acción y los métodos; el trabajo de los equipos técnicos, la elaboración de los planes concretos y la posición política del Partido deben ser el reflejo de su pensamiento y de la filosofía que lo inspiran.

2.—El Partido considera necesario reiterar su adhesión inquebrantable al régimen democrático que significa una forma política que garantiza el respeto a los derechos esenciales de la persona; el pleno ejercicio de las libertades públicas; expresión, información, asociación; la independencia de los tribunales de justicia; y la generación de los poderes públicos a través del sufragio secreto, libre y universal.

3.—El Partido Demócrata Cristiano considera que en Chile existe una democracia política imperfecta, lo que permite la prolongación de estructuras económicas y sociales injustas.

La generación del poder está viciada por el cohecho y la carencia de una ley que garantice ciertas bases iguales de propaganda para los partidos políticos y la limitación en los gastos electorales, tal como ocurre en Estados Unidos, Inglaterra, Argentina, etc.

La participación en el ejercicio del poder está limitada por un excesivo centralismo y una verdadera desaparición del Poder Comunal.

4.—El Partido Demócrata Cristiano estima que a pesar de estas graves limitaciones, esta democracia, por imperfecta que sea, significa un enorme progreso sobre cualquier forma de regímenes dictatoriales y por eso, creyendo esencial afianzarla, lucha por establecer profundas modificaciones en su régimen electoral y político administrativo.

En consecuencia, rechaza cualquier tentativa destinada a desconocer o destruir el régimen democrático aun a pretexto de implantar transitoriamente dictaduras democráticas de transición, como medio de llegar a un nuevo orden social.

5.—El Partido Demócrata Cristiano considera que en Chile es esencial alcanzar una auténtica democratización de la vida social y económica. La situación actual se caracteriza:

a) Por la extrema desigualdad entre las clases sociales. Esto se refleja en una injusta distribución de la Renta Nacional, en la cual el Trabajo tiene una participación reducida y en los últimos años decreciente, lo cual se traduce en un bajo poder de compra, mala alimentación y un trágico problema habitacional; todo lo cual contrasta con el alto nivel de reducidos grupos de la población.

b) Por una economía que se desarrolla con lentitud, frente a una población creciente, lo cual hace presumir con certeza, que la pobreza, la desigualdad y la falta de oportunidad se agudizarán en el futuro.

c) Por un marcado contraste entre un régimen industrial que evoluciona hacia técnicas modernas de productividad y un régimen agrícola tipo semi-feudal, con manifiesto atraso técnico y con una gran masa campesina de muy baja condición de vida y sin esperanza de adquirir la propiedad.

6.—El Partido Demócrata Cristiano considera que en el mundo entero se asiste a una de las más formidables transformaciones históricas, y bajo los más diversos signos ideológicos se marcha hacia una nueva forma de sociedad humana en que la aplicación de revolucionarias técnicas en la productividad, se acompaña por una participación acelerada de los trabajadores en la conducción de la vida social y económica y en su participación creciente en la riqueza social, de tal manera que las desigualdades tienden a desaparecer y el trabajo adquiere fundamentales prioridades.

El Partido Demócrata Cristiano es un partido cuya voluntad es colocarse en la vanguardia de este proceso de transformación, porque así responde a su concepción doctrinaria de respeto y valorización eminente de la persona humana y, en consecuencia, del trabajo que es su expresión directa; porque su filosofía social se funda en una concepción de la autoridad y del Estado, cuya norma es el bien común y en especial la defensa de los débiles y no la expresión de los intereses de un grupo o de una clase social; y porque su idea central es que los bienes y la economía de una nación están al servicio de todos los hombres y que, en consecuencia, el lucro no puede ser la norma moral que rija el proceso de la producción y porque en esta coyuntura de la historia son el trabajo y los trabajadores el motor de la evolución creadora en la sociedad.

7.—En consecuencia, el Partido Demócrata Cristiano luchará por transformar:

a) Las estructuras políticas para extender la responsabilidad y la participación de todos

los miembros de la comunidad nacional en la generación del Poder y en su ejercicio y en la descentralización de sus funciones.

b) En la reforma de nuestras estructuras económicas que permitan una planificación nacional de los recursos y de los esfuerzos de la Nación para crear y aumentar la riqueza y la renta a distribuir.

Esta planificación deberá realizarse bajo la dirección del Estado, señalando las tareas que competen al sector público y el ámbito de acción de la empresa privada; la destrucción de los monopolios artificiales y el control de aquellos que por la naturaleza de nuestra economía son productores únicos.

c) La transformación de nuestras estructuras sociales sobre el fundamento de: 1º) un régimen tributario que grave de una manera directa y progresiva; 2º) de una reforma de la empresa que permita la creciente participación del trabajo en la gestión y en las utilidades.

d) El acceso progresivo de los trabajadores campesinos a la propiedad de la tierra y a nuevas formas de explotación cooperativa, a través de una reforma agraria, inspirada en la justicia, en la necesidad imperiosa de nuestro desarrollo económico y elaborada con plena justificación técnica.

8.—El Partido Demócrata Cristiano tiene como objetivo a través de estas reformas el transformar las condiciones de vida de todos los chilenos y lograr una nueva forma de economía comunitaria y de sentido humano; una sociedad fraternal y no clasista.

9.—Inspirados en estos principios y objetivos sus equipos técnicos han elaborado y siguen trabajando en planes concretos que traduzcan su concepción de una economía humana y comunitaria; dentro de las necesarias etapas que señalan nuestra realidad presente, luchará en el plano sindical, universitario y político por dar forma a estas ideas.

10.—El Partido Demócrata Cristiano está convencido de que existe una gran masa de opinión pública que comprende que las actuales condiciones de retraso económico, injusticia social y privilegios que actualmente existen conducirán inevitablemente a un trastorno social, a la dictadura, o a un régimen de inspiración comunista.

Estos vastos sectores desean que no se pierdan los valores ya incorporados a nuestra vida democrática, por reducidos que sean y espera la conducción política capaz de dar al Estado sentido nacional y no clasista y eficacia en la dirección; capaz de movilizar las energías del pueblo, explotar nuestras riquezas y expresar las aspiraciones de intensidad creciente en los grandes sectores del pueblo, que no sólo quieren salir de la miseria, sino

alcanzar una mayor dignidad no sólo en lo económico, sino por su participación en las ventajas y en las responsabilidades.

El Partido Demócrata Cristiano debe representar este movimiento amplio y nacional proponiendo metas y objetivos que lo expresen y conduzcan.

11.—El Partido Demócrata Cristiano representará por su organización, disciplina y claridad en el planteamiento teórico y en la acción práctica el verdadero motor de este movimiento y por lo mismo no puede enclausrarse en un cerrado espíritu partidista, sino convertirse en el intérprete de aspiraciones comunes a vastos sectores del pueblo de Chile.

La necesidad de integrarse o interpretar estas mayorías nacionales es tanto más evidente en Chile, donde la actual conformación en varios grupos políticos no da a ninguno la mayoría necesaria para hacer Gobierno.

Por eso el Partido Demócrata Cristiano llama a todos los chilenos —hombres, mujeres, juventudes— sin distinción de ideas religiosas, ni clases sociales que estén dispuestos a luchar dentro de la libertad, por un nuevo orden social, fundado en la fraternidad y en la justicia.

12.—Las proposiciones formuladas definen las ideas, tácticas y objetivos del Partido, y ellos por sí solos señalan sus relaciones con las fuerzas políticas y el Gobierno.

a) Frente al Gobierno: El Gobierno actual es una clara expresión de un sistema de ideas y de fuerzas sociales que no representan ni el pensamiento que inspira, ni los objetivos que busca la Democracia Cristiana.

Es indudable que el Gobierno representa un poderoso conjunto de fuerzas políticas y en especial de poderío económico, que dentro de un marco limitado puede resolver dentro de su estructura y composición técnica algunos problemas concretos.

El Partido Demócrata Cristiano no persigue derribar un Gobierno legítimo, ni oponerse a medidas concretas que sean justas o adecuadas. Pero en su conjunto el Gobierno representa fuerzas que tienen una concepción individualista de la vida social; significa mantener y afianzar las actuales estructuras políticas, económicas y sociales en desacuerdo con la evolución histórica. Concretamente expresa las ideas y los intereses de los que controlan las empresas y el capital; y en definitiva no pueden representar los intereses de los trabajadores, ni afrontar las soluciones de fondo que afectan a los grandes sectores mayoritarios.

Por eso aun cuando pueda realizar determinadas tareas de ordenación administrativa muy plausibles o afrontar algunos problemas, el conjunto de su acción agudiza la desigualdad en las oportunidades, retarda el inevita-

ble proceso de democratización de nuestra vida política, económica y social, y concentra las ventajas y responsabilidades en reducidos grupos que ya tienen excesivos privilegios.

Todo esto conduce a detener un proceso sociológico universal de ascensión de las clases medias y populares a nuevos planos de evolución.

Es por esto que el Partido Demócrata Cristiano, más allá de razones circunstanciales y de reducida perspectiva, movido por su visión del futuro de Chile, está en abierta, clara y decidida oposición.

Esta actitud la reafirma porque considera que la forma concreta como el Gobierno aborda los problemas del país, fruto de su errada concepción teórica o de su pragmatismo, está haciendo recaer todo el peso de los sacrificios sociales en el sector trabajo, y agravará las tensiones sociales.

b) El Partido Demócrata Cristiano reafirma su inalterable línea de oposición al comunismo.

Entre ambos hay una diferencia integral. Tienen un diverso concepto de la persona y sus derechos; de la familia; de la economía y del Estado. Diferentes son sus tácticas y sus objetivos.

Por eso no puede existir entre ambas fuerzas ni alianzas ni pactos políticos, parlamentarios, ni electorales. En consecuencia, el Partido tampoco podría celebrarlo con el FRAP integrado por estas fuerzas de una manera determinante.

Frente al Partido Comunista y al comunismo el Partido Demócrata Cristiano reafirma su convicción de que la persecución policial, la exclusión por ideas de la comunidad nacional, son métodos que rechaza por considerarlos contrarios a una leal interpretación de la democracia y constituyen una forma de evadir con cobardía lo substancial del problema.

El Estado debe en igualdad de condiciones castigar a todo ciudadano que atente contra su seguridad, y por eso el Partido ha sido sostenedor de disposiciones que garantizan su seguridad. Pero no aprueba crear discriminaciones ideológicas que justifiquen persecuciones.

El Partido Demócrata Cristiano reafirma su convicción de que el problema del comunismo constituye un desafío fundamental a la sociedad contemporánea.

Frente a un mundo en crisis moral, a un régimen de capitalismo materialista y a una

sociedad movida sólo por motivos economicistas, la Democracia Cristiana representa la concepción de una nueva Sociedad, capaz de dar al hombre común una esperanza y una fe y presentar una solución que traduzca sus anhelos de un mundo mejor.

Es por esto que la Democracia Cristiana presenta en el porvenir la única alternativa vigorosa frente al mito de la sociedad comunista.

Su lucha es positiva en el seno de las organizaciones sindicales y en todos los frentes en que los pobres constituyen las bases de su redención y no cree en la lucha fundada en el odio y en la persecución policial.

La respuesta a este desafío comunista y a la táctica de desarrollo económico que representa para los países atrasados, no puede ser una sociedad estática y un anticomunismo basado en la conservación de privilegios y estructuras caducas. La única alternativa con destino será la de un movimiento dinámico, animado por una incontenible fuerza moral; por una concepción espiritual del hombre y su destino; y por una irrenunciable vocación de sacrificio y la voluntad de imponer la justicia y emplear con eficacia los progresos técnicos para desarrollar los recursos de la Nación y ponerlos al servicio de la comunidad entera. Esta será la condición ineludible para liberar al hombre y a los pueblos de su miseria presente y de la amenaza sombría de entregarse en su desesperación a la omnipotencia del Estado en una sociedad colectivista.

c) El Partido Demócrata Cristiano sostiene la conveniencia de llegar a un amplio entendimiento con el Partido Nacional Popular, no sólo como consecuencia de haber dado de común acuerdo la última campaña presidencial, sino por la línea coincidente que se ha mantenido desde ese evento y la verdadera necesidad de constituir una fuerza democrática que sirva los anhelos populares y que permita la ejecución del programa de desarrollo económico y de justicia social expuesto.

Esta fuerza obtenida mediante un pacto político, parlamentario, electoral y sindical, servirá mejor que el extremismo marxista la causa popular y es un resguardo para que la lucha de los trabajadores por obtener su liberación se desarrolle por los cauces de la democracia. — Eduardo Frei, Juan de Dios Carmona, Tomás Pablo, Patricio Aylwyn, Pedro Muga.

al Gobierno y a las fuerzas
de derecha que lo sostienen

INFORME DOCTRINARIO DE LA JUVENTUD

El Congreso de la Juventud aprobó un informe doctrinario, cuya redacción estuvo a cargo de Juan Bosco Parra. He aquí su texto:

La Democracia Cristiana es la lucha organizada de los pueblos por la Justicia Social. Para cumplir esa tarea, considera como uno de los medios principales la creación en las conciencias juveniles de los más claros conceptos acerca de las diversas manifestaciones que la opresión y la injusticia revisten en la actual etapa de la historia.

El pensamiento demócratacristiano considera que ellas se reúnan en dos grandes grupos principales. El primero se refiere a la ausencia de toda propiedad, en especial de la propiedad de los bienes de producción, que caracteriza a la mayoría de la humanidad de nuestros días; y el segundo, dice relación con la condición de expropiación de los beneficios del conocimiento racional del mecanismo productivo.

Considera la Democracia Cristiana que sólo mediante la eliminación de ambas formas de opresión podrá crearse una civilización realmente humana. La experiencia histórica demuestra que los sistemas que resuelven sólo una de las fases del problema, dejan intactas las condiciones favorables para el atraso y la opresión.

Consciente de esta verdad, la Democracia Cristiana presenta a las juventudes las líneas ideológicas principales que señalan una ruta hacia la verdadera y completa liberación de la sociedad y las personas.

I.—El Problema del trabajo y la propiedad.

El trabajo es el único título originario y natural del derecho de propiedad. Directamente enfrentado con la naturaleza, el hombre sólo subsiste y progresa en la medida en que aplica a las cosas materiales su propio esfuerzo creador, combinando armónicamente su destreza manual y sus aptitudes mentales. De esta manera otorga a las especies inanimadas utilidad y dinamismo, o sea, significación económica. Los bienes económicos sólo alcanzan la categoría de tales en la medida en que se ha incorporado a ellos la dignidad vital del trabajo humano.

De ahí que, desde el punto de vista del orden natural y del humanismo, se haga evidente un principio fundamental: la propiedad de los bienes debe radicarse en manos de quienes la produjeron, de los trabajadores, ya sean intelectuales, técnicos o manuales.

Por otra parte, el trabajo del hombre —como su vida misma— no resulta posible ni efi-

caz si no entra en contacto con los esfuerzos similares de otros seres humanos. El trabajo es, desde este punto de vista, una actividad social, comunitaria, y ese mismo carácter infunde a las nuevas realidades que su aplicación va creando. Es decir, la propiedad de los bienes de producción, instrumentos del esfuerzo creador, debe radicarse en la comunidad que los utiliza, organiza y construye. Ella no corresponde a los individuos aislados que exhiben ventajas materiales, ni al Estado totalitario que absorbe toda la vitalidad y la dignidad de los ciudadanos.

Ahora bien, a través de la historia, debido al insuficiente dominio de la humanidad sobre la naturaleza y al insuficiente desarrollo espiritual, la propiedad ha podido, circunstancialmente, concentrarse en manos de quienes poseían ventajas adicionales y transitorias, extrínsecas a la misma naturaleza y dignidad humanas. Entre estas circunstancias que causan la concentración de la propiedad en un grupo en detrimento de otro, pueden citarse el uso de la fuerza armada y la conquista; el monopolio de las técnicas productivas o, simplemente, una casual localización geográfica que reporte ventajas y ganancias fáciles o excesivas a un grupo humano determinado.

Concretamente, la forma de propiedad predominante en nuestro mundo occidental, la propiedad capitalista, es el resultado de la operación conjugada de diversos factores históricos y económicos contingentes, muchos de los cuales, desde su misma gestación recibieron la condenación del pensamiento cristiano tradicional. Tal cosa sucedió, por ejemplo, con la introducción en la economía del principio de la fecundidad del dinero, puntal jurídico e ideológico de la riqueza puesto que es, a su vez, la institución básica que permitió la formación de los grandes capitales con que los primeros empresarios pudieron adquirir las manufacturas, técnicas y máquinas del moderno industrialismo. A esta circunstancia debe agregarse la inflación de beneficios o ganancias de las empresas que crecían a expensas de los salarios, creando un empobrecimiento paulatino de los trabajadores, siguiendo un proceso en que la fuerza del Estado y del poder impedían a los proletarios toda posibilidad de defensa y progreso.

Todos estos elementos se produjeron de una manera que nada tiene que ver con el “de-

recho natural". Si terminaron por imponerse, ello se debió a que la necesidad de progreso y mayor producción que afrontó el mundo en la Edad Moderna fue satisfecha por la actividad económica y política de un nuevo grupo social desligado del antiguo pensamiento moral, poseedor de un esquema intelectual inadecuado, que veía en la sociedad un mero campo de batalla por intereses materiales, a los que deben someterse el destino del hombre y sus necesidades.

Tal es la base histórica y real sobre la que se edifica el concepto de propiedad capitalista, que coloca de un lado a los dueños de bienes de producción y del poder material y, del otro, a los que sólo poseen su fuerza de trabajo, herramienta vital que no los faculta en la práctica para adquirir nada de lo que al circuito económico, ellos mismo entregan.

El pensamiento DC. choca frontalmente con esta anti-humana ordenación de la vida económica.

Su fórmula de reemplazo es la propiedad comunitaria de los bienes de producción. Ella, es diferente del abstractismo estatista o de la avidez individualista, significa avanzar hacia un estado en que la riqueza productiva pertenece a éste conjunto orgánico de asociaciones de producción que la crea; que maneja esos bienes libremente, en beneficio de la sociedad, sin más límites que el bien común o la ponderación equilibrada de los criterios técnicos dentro del seno de la comunidad.

Sólo igualando a todos los hombres, de una manera real y efectiva, en sus relaciones frente a la propiedad de los bienes de capital, podrá la sociedad crear bases materiales esenciales para impedir que se generen y prevalezcan variadas formas de servidumbre, de explotación del hombre por el hombre, o simplemente, de injustas cortapisas para el desarrollo del espíritu humano.

En el camino hacia esta civilización comunitaria, la DC. no se deja engañar por espejismos. Acepta y promueve todo mejoramiento relativo de las condiciones de vida capitalista; pero no cree que ciertas variaciones de la superficie puedan alterar su verdadero carácter de fondo. Aún en el caso presunto de que un desarrollo máximo de la eficiencia capitalista pudiera satisfacer las necesidades elementales de la población, la DC. seguiría proponiendo su reemplazo. Es que la DC. busca el desenvolvimiento máximo, la actualización de todas las potencialidades espirituales del hombre. Su ambición humanista no se fija límites. Y por tanto, no podría conformarse con un régimen centrado en lo material, que pudiera "remunerar" en forma más o menos suficiente los esfuerzos del trabajo.

No. La DC. manifiesta que la situación es-

piritual y cultural óptima será aquella en que el centro de la organización social y el concepto más importante del bagaje cultural de la humanidad sean la realidad y la idea de trabajo.

Porque el trabajo es el símbolo del hombre y su actividad más digna. Trabajando, la humanidad realiza su mandato esencial: ser el punto de equilibrio en que todas las riquezas del mundo material se abren a la vida inconmensurable del espíritu eterno, y se integran con él.

Toda la vida social debe centrarse en el trabajo. Toda civilización debe estar destinada a enaltecerlo.

II. El Trabajo y los problemas de la cultura y el conocimiento racional.

Pero no es sólo por la ausencia de los beneficios de propiedad, a que su trabajo le da derecho, que el proletario moderno se encuentra en una condición de explotado. La segunda causa de su inferioridad es tanto o más grave que la primera. El trabajador no sólo no es dueño de las máquinas productoras sino que, tampoco posee el derecho a conocer su funcionamiento íntimo y, especialmente, la conexión y coordinación existentes entre las diversas etapas y movimientos de la tarea productiva.

El proceso industrial contemporáneo es en extremo complicado y tiende a serlo más aún. Un sicólogo industrial puede expresar este hecho diciendo que el objeto del trabajo de un obrero "no es ya el producto, sino una sola operación, e inclusive, un solo movimiento". El trabajador común, en consecuencia, ha perdido todo dominio mental sobre el conjunto de los pasos que transforman a la materia prima en un bien elaborado. De manera que se encuentra sometido a la materia. La enorme mayoría de la humanidad no desempeña el papel de sujeto pensante —de verdadero ser humano— al cumplir y acometer su tarea más importante y cotidiana, como es la elaboración de los instrumentos de subsistencia y progreso. Esta es una verdadera condición de invalidez espiritual. La ciencia ha progresado en vano para el común de los hombres, porque no le ha proporcionado ninguna pauta cierta para determinar su verdadera situación e importancia en medio de los sucesos materiales, culturales, económicos y sociales.

Nuestra sola preocupación por la dignificación de la persona humana nos bastaría para rechazar tal situación. Pero, es menester anotar un derivado social y político de lo dicho, de primera magnitud.

En un proceso complicado y de carácter casi esotérico, la función de coordinar y dirigir adquiere una importancia inusitada. Sobre la generalidad de los hombres que tra-

bajan a ciegas, necesariamente debe erigirse una minoría selecta que es la única que conoce las múltiples conexiones del proceso industrial y social. Al amparo de la función de conocer y coordinar, este nuevo grupo se convierte en una casta social, en un grupo de presión política, en suma, adquiere el poder; desde ahí, por el plano inclinado de la fuerza, esta nueva clase o burocracia, camina derechamente a establecer nuevas formas de opresión, o a aprovecharse de las existentes.

Y es importante anotar que esta "burocracia" es un fenómeno normal en todas las sociedades no-comunitarias. Desde este punto de vista la sociedad soviética y la norteamericana son intercambiables, significan, en último análisis, lo mismo: la sujeción de las grandes capas trabajadoras a los dictados tecnocráticos de minorías centralizadas, distintas del pueblo, que se generan a sí mismas y planifican a su arbitrio, sin control democrático significativo, todo el conjunto de la vida económico social de las colectividades.

Tal termina por ser la consecuencia política de la repartición injusta, no ya de la propiedad, sino del conocimiento y del control intelectual de los modernos medios de producción.

También en este aspecto, la organización comunitaria de la economía y la sociedad crea las bases materiales, las condiciones reales y prácticas para resolver el problema.

Una unidad de producción que pertenece a todos sus trabajadores es, desde luego dirigida también por ellos, en una forma democrática. Dentro de ella, por supuesto, las afirmaciones técnicas y científicas deben tener un adecuado peso específico; pero hay que destacar que en tal régimen, éstas no se imponen por sí mismas, de arriba a abajo, automática y compulsivamente, sino que, en una importante medida deben ser explicadas y demostradas para encontrar la aceptación de la comunidad de trabajo. La minoría técnica, por tanto, se encuentra así obligada a desarrollar una permanente actividad pedagógica y cultural, de corte democrático, que opere el doble efecto de vincular, por un lado, con más conciencia y eficacia, al conjunto del trabajo con la tarea que se busca realizar; y, por otro, el de elevar día a día, mediante la actuación concreta, el grado de conocimiento que la generalidad de los trabajadores adquiera acerca de su propia labor, de la relación de ésta con otras actividades útiles y así, del conjunto de las más importantes tareas sociales.

De esta manera, la humanidad podrá encontrarse frente a individuos plenamente conscientes de su dignidad y de la importancia y proyecciones de las tareas que realizan; de hombres que operan y viven en comunidades concebidas a la escala humana, las que a su vez se vinculan entre ellas mediante un

sistema racional descentralizado y democrático, con vistas a otorgar al hombre el mejor horizonte cultural y material para el progreso de su espíritu.

Sólo en una sociedad así concebida, centrada sobre el valor humano del trabajo, despojada de todo vestigio de explotación y servidumbre material o cultural, pueden encontrar las ciencias del espíritu y la libertad —la filosofía— la coyuntura más apropiada para alcanzar su máximo desenvolvimiento.

Porque en una civilización del trabajo desaparece la evidente limitación de las ciencias actuales del espíritu, que consiste en que, la única porción de la sociedad —los proletarios— que tiene un contacto directo y vital con la naturaleza y sus problemas, se le niega la oportunidad de expresar en forma racional y completa sus propias experiencias, cortándole las vías de comunicación con el resto de la humanidad, a las que debería entregar sus datos, su visión y planteamiento. Se ha dicho que la filosofía es la descripción de la experiencia. El mundo actual, voluntariamente, se niega a recibir el caudal de las más importantes experiencias que son aquellas que dicen relación con el dolor y los problemas que crean a la mayoría de la humanidad la tarea de producir y vencer a las fuerzas naturales. La filosofía y la cultura actuales, no podrán prevalecer.

El mundo comunitario, junto con reivindicar al hombre su patrimonio material, creará una verdadera cultura humanista y libertaria. Porque al llamar a todos los hombres a aportar su esfuerzo y sus noticias vitales para crear una filosofía y una cultura renovadas, hará que también todos participen de los conocimientos y la sabiduría colectiva. Y es entonces que encontrará aplicación temporal completa la antigua máxima evangélica: "sólo la verdad os hará libres".

La DC. y el Bien Común.

Determinada por los principios anteriormente descritos, la actividad política de la DC. se traduce en una permanente promoción del Bien Común. Los marxistas y los cristianos reaccionarios, por igual, tratan de desprestigiar este concepto o de restarle toda significación real. Pero el bien común es una pauta para la acción reivindicativa de los pueblos, es un punto de referencia ideológica en función de la cual conocemos la legitimidad de los regímenes y la actitud que es menester adoptar frente a ellos.

El Bien Común es un conjunto de medios y disponibilidades, puestos al alcance de todos los hombres, destinado a crear un clima institucional apto para desarrollar todas las facultades y satisfacer todas las necesidades espirituales y materiales de la colectividad. Bien común significa riqueza y cultura com-

partidas en justicia. Significa un proceso nacional en que cada día los ciudadanos asciendan a mejores niveles de consumo y dignidad.

Ahora, si la DC. es la puesta en marcha del Bien Común, el sistema capitalista representa el anti-bien común, ya que las sociedades capitalistas "secretan la miseria como un producto normal de su funcionamiento". Esta afirmación ha sido exacta a través del desarrollo histórico de las sociedades mencionadas. Pero en nuestros países americanos, especialmente en Chile, lo dicho se manifiesta de manera más grave y evidente. En nuestras regiones, los hombres capitalistas tienen todas las aristas anti-humanas del pensamiento liberal que en su tiempo se impuso en la Europa industrial, pero a ellos agregan una incapacidad práctica manifiesta para resolver con grandeza y eficacia los problemas de la producción y del comercio. Y como sólo son movidos por el lucro, la gran tarea que se asignan es la de acumular riquezas por el anticuado procedimiento de cercenar los salarios y los ingresos populares, creando y agregando en cada instante, la miseria que de partida han sufrido nuestros pueblos.

Cuando, como en Chile, agregan al poder económico privado, la plenitud del poder político e institucional, esta tendencia se agrava y lleva a los increíbles resultados de pauperización que estamos conociendo.

Pero, a esta altura, la tradición humanista y cristiana y el pensamiento político inherente a ella plantea un grave problema, sobre cuya significación la DC. llama a meditar hondamente.

El Bien Común de la sociedad nacional (es decir, el proceso de mejoramiento de la vida de sus miembros) es el objetivo y el antecedente del Estado y del gobierno para existir y mantenerse. La autoridad, la facultad de imperio y el orden público son instrumentos que la sociedad entrega al Estado y al gobierno para que cumplan su misión de promover el bien común, y sólo para este fin. En la medida en que esos importantes instrumentos son usados no para imponer el bien común, sino para continuar manteniendo una situación de privilegios para capas minoritarias de la población, con la consecuente miseria de la mayoría nacional, en esa misma medida se produce un debilitamiento jurídico y moral de la autoridad, del poder y del Estado. Porque la condición de la legitimidad de fondo —no puramente formal— de estas instituciones se encuentra en la manera cómo imponen aún coercitivamente, la justicia social en un mundo desordenado y antihumano.

Todo lo anterior obliga a DC. de toda nuestra América a mantener una actitud de la máxima independencia moral frente a los excesos de la autoridad y del Estado, especialmente cuando éstos reaccionan frente a

los pueblos usando la fuerza que, si bien puede concedérselas el orden formal de la continuidad legal, ya hemos visto que puede negársela la estructura de las normas morales, de la juridicidad natural y del derecho de los hombres a luchar por su pan.

Algo sobre los medios de Acción.—

Todo lo dicho, por último, se vincula orgánicamente con la escala de medios que la DC. pone en marcha para conquistar la civilización comunitaria que proclama.

El choque de la DC. con el mundo actual es absoluto. Sin embargo, fiel a su naturaleza espiritual, la DC. pone el énfasis de su lucha en los medios constructivos, en los que podrían llamarse "medios de edificación orgánica".

Estos consisten en impulsar los elementos comunitarios que, venciendo toda clase de dificultades, se manifiestan en el seno mismo del mundo individualista. Destacamos dentro de ellos a los sistemas autónomos y muchas veces espontáneos de la organización popular, tales como los sindicatos, las cooperativas, las asociaciones de pobladores, los centros de cultura y arte populares, etc. Todos estos organismos constituyen, en la práctica, núcleos bullentes y activos de experimentación comunitaria. Allí los hombres aprenden a conocer directamente los problemas y sus soluciones, y se entrenan en la manera de integrarse y coordinar hombres e instituciones), no de una manera compulsiva, autoritaria y lejana, sino mediante el acuerdo democrático, racional y fraterno de los que valen igual en dignidad.

Es así como lograremos que, contra este mundo añejo luchen hombres realmente nuevos, depurados hasta el máximo de las taras individualistas y opresivas. La DC. debe promover la reacción, perfeccionamiento y ampliación de estas "zonas de anticipación visibles y concretas de la nueva sociedad". La DC. busca nutrirse especialmente del material humano que estos núcleos producen, porque ellos constituyen el grupo de choque en la primera línea y la garantía material y psicológica de que ninguna situación confusa podrá apartarla de su ruta hacia el futuro, del camino del pueblo.

En la superioridad espiritual y práctica de este método de acción, la DC. fundamenta su confianza en el triunfo. Siguiendo estas líneas, ponemos en libertad energías vitales de potencia ilimitada. Combatiendo por el ser, en las cosas, la realidad misma del progreso, en su marcha sin retorno, nos impulsamos hacia adelante, mientras vamos cumpliendo dentro de ella nuestra profunda visión transformadora.

La DC. tiene todos los objetivos, los conceptos y los métodos que las juventudes del mundo esperan para dar a sus vidas significación y destino.

PROPOSICIONES PARA UNA POLITICA DEMOCRATACRISTIANA

por JAIME CASTILLO V.

"La distinción propiamente política es la distinción entre el *amigo* y el *enemigo*" (Karl Schmitt).

"Es curioso constatar que existe en nuestro medio una instintiva desconfianza por las cualidades excesivas o los rasgos muy marcados. Se prefiere el "buen sentido" (Eduardo Frei).

"La primera condición de la sinceridad y la buena fe en un propósito es hacer precisamente lo que nadie hace; es decir, hablar con entera claridad y sin miedo. Los demagogos y los políticos de profesión quieren obrar el milagro de estar bien con todos y en todo, engañando necesariamente a todos en todo. Los revolucionarios han de proclamar sus ideas valientemente, definir sus principios y expresar sus intenciones para que nadie se engañe, ni amigos ni enemigos" (Fidel Castro).

"Pequeño grupo compacto, nosotros caminamos por una vía escarpada y difícil, sujetándonos fuertemente de la mano. Estamos rodeados por todas partes de enemigos, y nos es necesario marchar constantemente bajo su fuego. Nos hemos unido en virtud de una decisión libremente consentida, justo para combatir al enemigo y no caer en el pantano del lado, cuyos huéspedes no han acusado, desde el principio de constituir un grupo aparte y de preferir la vía de la lucha a la vía de la conciliación" (Lenin).

"Las ideas tienen un misterioso modo de crecer. Como los árboles en invierno, alzan el tronco yerto y las ramas desnudas en una aparente soledad desamparada, sí días tras días. Pero una mañana cualquiera, sin aviso previo, cuando el ciclo de su fortalecimiento interior está cumplido, cuando las raíces de la fe penetran y se alimentan de la fidelidad de los que esperan, el corazón helado de la tierra echa arriba el golpe prodigioso de la savia, millares de hombres se reconocen atónitos en aquéllos que hasta entonces miraban impassibles... ¡y el milagro de la victoria se consume con la rapidez fulminea del relámpago! (Radomiro Tomic).

En el N° 218 de esta revista publicamos un artículo sobre la esencia y misión del Partido Demócrata Cristiano. Escrito con vistas a la próxima Convención de mayo, ese trabajo planteaba solamente una parte de las ideas que quisiéramos proponer en dicho torneo, aquella que se refiere a la estructura del Partido. Por ello, hace necesario formular de un

modo más concreto la índole de las proposiciones que debiera llevar a la realización un partido "vanguardia", demócrata cristiano. De allí que nos permitamos suministrar en esta oportunidad algunas reflexiones. El resumen de ellas puede encontrarse en el proyecto de tesis que se publica también en esta Sección bajo la firma de quienes lo compusieron.

I

La Democracia Cristiana es una "tercera fuerza" superadora del viejo conflicto entre el individualismo liberal y el socialismo colectivista

De conformidad con lo que a nuestro juicio es un punto de vista doctrinario elemental, la democracia cristiana no se nos aparece como un simple apéndice del movimiento social contemporáneo. Todos sabemos que las estructuras capitalistas vienen siendo sometidas desde hace décadas a una presión reformadora. A lo largo del tiempo, la modificación de las condicio-

nes de trabajo, mediante leyes sociales, la organización de los trabajadores, la existencia de partidos que expresan tanto su tendencia a la rebeldía como su necesidad de reivindicaciones, la victoria de movimientos revolucionarios en muchas partes del mundo, —todo ello operando sobre el modo de producción y la estructura del Estado—, ha traído como resul-

tado que la sociedad actual se caracteriza por una especie de transición hacia otros órdenes de vida, pero conservando aún su fachada liberal y permitiendo, al mismo tiempo, que se muestren a la vista muchos frutos del movimiento social. Cabe agregar que ni la defensa del Estado viejo ni la introducción de modalidades reformistas se verifican en un solo frente. La clase capitalista, para hablar el lenguaje popularizado por Marx, se muestra dividida y subdividida en numerosísimos grupos. Algunos de ellos suelen estar francamente de parte de los movimientos reformadores y otros manifiestan una indiferencia asombrosa ante la perspectiva de ser reemplazados. Incluso, las tendencias ideales de diversos grupos capitalistas los transforman poco a poco en críticos de su propio sistema, convirtiéndose en teóricos más avanzados o en técnicos conscientes de la necesidad de alterar las viejas relaciones de producción.

Lo mismo sucede en el movimiento social. Aquí vemos cómo la lucha contra el hecho o el espíritu del capitalismo se verifica a la sombra de ideologías y organizaciones diferentes. Si bien es verdad que el socialismo ha pasado a confundirse con el marxismo, también lo es que este último se ha fraccionado en abundancia. Nunca ha sido más vacía la frase de Marx "¡proletarios del mundo, uníos!". Justamente las mayores divisiones se han operado como consecuencia de la aplicación del marxismo. Sucede, pues, que el movimiento popular recorre una gradación complicadísima de matices y sectores. En él caben hoy por hoy desde el viejo estilo bolchevique legendario hasta la indiferencia más descomunal y la ausencia completa de interés por ligar la lucha en favor de mejores niveles de vida con movimientos ideológicos.

Esto es una realidad. Frente a ello, los elementos de los partidos inspirados en el marxismo nos dicen con frecuencia lo mismo de siempre: el pueblo lucha bajo las banderas del socialismo; agregamos nosotros: sometido a la dirección política de los partidos sedicentes marxistas; o sea, en fin, que solo bajo la tutela de esos dirigentes se tiene, al parecer, derecho a proponer una plataforma popular. Este pensamiento es, en seguida, tomado por otros teóricos; no marxistas, y con la venia de aquéllos, proclaman la necesidad de la "unidad popular". Tal consigna posee el singular defecto de confundir el movimiento popular —disparejo, heterogéneo, politizado y apolítico, adverso al marxismo o al totalitarismo, sometido sin mayor examen a uno o a otro, etc.—, con el andamiaje político de los partidos marxistas. En condiciones generales, y dado el actual estado de la situación política en Chile, esa tesis significa hacer la unidad por la cabeza en beneficio puro y simple de los partidos del Frap. La jerarquía política, en efecto, es puesta al frente de todos los trabajadores del país, y esa jerarquía es exactamente la que representa a los partidos frapistas. Pero, con ello, se olvida que la realidad chilena no consiste en que el movimiento social está ansioso de ser dirigido por los representantes del Partido Socialista o Comunista; se olvida que sectores inmensos quieren luchar sin someterse al control de partidos cuya historia es demasiado conocida; se olvida que la multiplicidad de caminos es un hecho de hoy y que no existe unidad política en la batalla contra el capitalismo. En nuestro tiempo, todos sabemos

con perfecta claridad que si se estableciera la unión orgánica entre marxistas y cristianos, totalitarios y antitotalitarios, políticos y apolíticos, revolucionarios y evolucionistas, ella sería una farsa completa desde la partida. Como en los sistemas de las "Democracias Populares", un grupo haría el papel de eje fundamental; los demás estarían a sus órdenes... y por eso mismo, no estarían.

De allí que se nos imponga con el peso de una roca la afirmación inicial. La Democracia Cristiana, si quiere ser democrática y cristiana, no puede sino ser una tercera fuerza, una posición que lucha contra el sentido espiritual y la realidad del capitalismo aún vigente y también contra el espíritu y la realidad de las formas colectivistas o dictatoriales de combate en contra suya.

Al decir de ese modo a la Democracia Cristiana hablamos un lenguaje conocido y ya clásico. Basta recorrer con brevedad algunos aspectos teóricos y prácticos para confirmarlo.

a) Desde el punto de vista doctrinario, la Democracia Cristiana se ofrece como un movimiento histórico que va a construir una sociedad nueva. ¿Es necesario recordar otra vez la fórmula de "la nueva Cristiandad"? Ella no puede existir sino como una superación de un mundo en que el capitalismo liberal y las reacciones socialistas representan fases de un ciclo esencialmente antihumano.

El problema puede ser también planteado en el campo puramente filosófico. En efecto, bien sabemos que toda la doctrina demócrata cristiana sobre el hombre se funda en el concepto de "persona", en contraposición al de "individuo", con el cual se niega el valor y la realidad de lo social, y también en contraposición al de "colectivismo", que niega la realidad y el valor del individuo. Este paralelo puede continuarse sobre otros conceptos: siempre se hallará ahí la base para distinguir la filosofía demócrata cristiana de las demás.

b) Desde el punto de vista de la posición tradicional, la Democracia cristiana es, ha sido y será una tercera fuerza. Todas las definiciones nacionales e internacionales que ella ha dado de sí misma suponen esa conducta y esa voluntad. Bajo esa denominación o bajo otra distinta, los demócrata cristianos del mundo entero han sostenido siempre que ellos no representan el mundo liberal ni el mundo colectivista, que no forman parte de la Derecha (partidos conservadores del orden social), ni de la Izquierda (partidos de base o influencia socialista marxista). Si alguna vez se los encasilla en la Derecha o en la Izquierda, eso ocurre por cuanto mentalidades ajenas a la doctrina suponen, por ejemplo, que una inspiración cristiana ha de ser por fuerza derechista o porque otros, igualmente extraños, piensan que toda oposición a los viejos conceptos liberales es izquierdismo. Pero, en uno y otro caso, los demócrata cristianos protestan vigorosamente.

c) Desde el punto de vista de las consecuencias prácticas, por fin, el punto queda resuelto con igual claridad. Los demócratacristianos pasan a ser tales cuando constituyen colectividades autónomas, con programas y perfiles determinados. Tanto en las ideas esen-

ciales, como en el espíritu que las anima, en los fines que se proponen y en las actitudes que adoptan, los demócratacristianos se sienten y son mirados como de otra fuente que los partidos tradicionales de la Derecha o de la Izquierda. Es inútil, a este respecto, la campaña entrecruzada para provocar la confusión. ¿No hemos pasado nosotros, en Chile, una reciente jornada presidencial bajo el fuego de la Derecha y la Izquierda, ambas coincidiendo en hacer lo posible por pintarnos como apéndices del adversario?

No hay, pues, ni puede haber problema al respecto. La Democracia Cristiana es una tercera fuerza ideológica y política. Forma parte de un característico complejo de inferioridad esa tendencia a renegar tal denominación y volverse temerosos o inhibidos a recoger algún terminacho gastado por el uso de los partidos izquierdistas.²

Por todo esto, nos resulta simplemente asombroso que los autores del pre informe publicado en el N° 220 de esta revista hayan podido censurar la "tercera posición". Allí se dice textualmente lo que sigue:

"Así pues, desde fuera de las clases trabajadoras y de la clase capitalista, desde fuera de Derechas y de Izquierdas, se planteaba una tarea de unidad nacional de la que sólo quedaban excluidos la ultrarreacción y el comunismo.

"Mas no era fácil descubrir tras ese celoso "independentismo" frente a los bloques, a las combinaciones, a los pactos, a los conflictos de clase, a los choques de las fuerzas políticas, el escondido resabio del purismo inicial frente al mundo que seguía trabajando por mantener al Partido a suficiente distancia de las realidades más terrestres y más crudas de la vida colectiva. Se evitaba un compromiso total. Los principios proclamados llevaban, más que a emprender decididamente una acción, a eludirla por lo menos, ante los hechos de mayor entidad que exigían una resuelta toma de posición. Esta evasión se traducía en la formulación de una política abstracta, sin arraigo en la realidad, fundada en el rechazo casi anárquico de todo lo existente, incapaz de cualquier compromiso a fondo con una fuerza social determinada. Esta política que llamaremos "filosófica", por su tendencia a permanecer siempre como fuera del cuadro vivo de las cosas, a analizar el mundo "desde fuera", condenándolo todo en nombre de principios que quedan libres de toda cizaña porque se niegan a salir del recinto sagrado de la pura intelectualidad en que viven, impide al partido jugarse en una línea profunda de compromisos que es la única forma de hacer política y lo mantiene en cambio sacrificado al mito de una independencia inmaculada que se desespera cada vez que el partido, tironeado por los hechos, ha debido reconocer una residencia terrestre".

Líneas más adelante aún se llega a la afirmación entrevista ya: la tercera fuerza entre el mundo capitalista y el socialismo marxista revolucionario está emparentada con el facismo. Con esta diferencia; el facismo siquiera jugaba sus cartas para servir a la burguesía; la democracia cristiana chilena tuvo la inocencia sin par de no comprender que ese era su papel y que, para ello, tenía que llegar a convertirse en una "vanguardia armada".

Veamos con claridad las consecuencias de tales planteamientos. Se nos dice: primero, los conflictos de clase están dados en una realidad expresada en los bloques de Derecha y de Izquierda; segundo, la "independencia" frente a esos bloques implica una evasión ante los hechos y una consiguiente política abstracta sin arraigo en la realidad; tercero, dentro de esa posición no son posibles los compromisos a fondo; cuarto, el partido vive sacrificado al mito de una falsa independencia que debe siempre inclinarse ante la realidad.

Obsérvese bien que los autores miran la posición de "tercera fuerza" como una etapa errada y transitoria. Ellos proponen un camino diferente y dan por cerrado el ensayo con motivo de desencadenarse la guerra mundial contra el nazismo. Todos los demócratacristianos del mundo estuvieron contra el nazismo alemán. Tal hecho no ha sido, sin embargo, puesto en su cuenta corriente por los autores. Ellos, metidos dentro de su esquema, se niegan a ver que si existían analogías dignas de nota entre la tercera fuerza cristiana y el fascismo bien pudo la primera combatir por el segundo. El hecho los obliga, pues a repensar su análisis histórico; en vez de hacerlo, se limitan a suponer que la línea del Partido hubo de doblegarse contra la realidad.

Pero, en verdad, el punto clave al respecto está en la tácita afirmación de que plantear la tercera posición significa evadir los conflictos de clase. En otras palabras, no hay más enfoque legítimo, para el problema social, que el de aceptar las tesis del marxismo. No ya el hecho de la lucha de clases, sino sus soluciones, no pueden ser planteadas fuera de ese marco. Si se lo hace, uno se coloca fuera de la acción, uno se eleva a la "independencia inmaculada", uno se muestra incapaz de compromisos a fondo con las fuerzas sociales liberadoras. ¿No vemos en este razonamiento, la confusión típica entre las soluciones político-ideológicas del marxismo y la realidad social? Para un marxista, el argumento antes señalado es perfecto. Se supone, desde la partida, que su doctrina es la filosofía natural del proletariado, que éste se mueve, por dinamismo lógico, dentro de dicha concepción. El pueblo es la realidad de clase y la realidad de clase se expresa bajo la forma de partidos marxistas. Supuesto todo ello, ¿cómo sostener que se puede levantar un partido político para declarar una actitud de independencia frente a esa realidad unitaria de teoría y práctica? ¿Cómo no comprometerse a fondo con un bloque de clase, con el pueblo en lucha por su liberación? ¿Cómo, en fin, no quedar fuera de la realidad viva cuando uno se niega a aceptar ese planteamiento?

Mas, para un demócratacristiano las cosas no son así. El sabe perfectamente que existen los conflictos de clase y que no se los puede eludir; sabe que es necesario comprometerse a fondo en la lucha a favor de los hombres explotados por las condiciones sociales de vida; sabe que algunas filosofías, entre ellas el marxismo, y que algunos regímenes, entre ellos los comunistas totalitarios, han hecho una serie de descubrimientos de orden social o han resuelto problemas actuales del hombre. Pero, sabiendo todo eso perfectamente, sabe también que el marxismo no es sólo una crítica del capitalismo ni los Gobiernos comunistas sólo los creadores de las granjas colectivas.

Sabe que precisamente si uno permanece "comprometido a fondo" en el bloque de los partidos de extrema Izquierda (Comunista internacional o Socialista chileno), su única perspectiva es convertirse en una presa fácil del sistema dictatorial que se instalará mañana. Precisamente porque se trata de comprometerse a fondo en favor del pueblo, se niega vigo-

rosamente la obligación de comprometernos a fondo con el Partido Comunista.

Los autores del pre informe no han visto, sin embargo, la necesidad de esa distinción. Ello pudo ocurrir solamente porque escribieron sobre la base de un apartamiento completo de la doctrina demócratacristiana, de su realidad y de su destino.

I I

La Democracia Cristiana ha mostrado con hechos la eficacia de su posición doctrinaria.

La Democracia Cristiana no es mayoría en el mundo. No es tampoco la primera fuerza electoral, sino la tercera, en nuestro país. Sus comienzos han sido humildes. Ha tenido que batirse largo tiempo dentro de condiciones precarias. Sometida a la influencia de los bloques de Derecha y de Izquierda, apenas si ha logrado romper la vieja costra de los hábitos, los prejuicios y los intereses. Todavía no se entiende cabalmente que sea posible la existencia de una solución política distinta de las tradicionales. Cuando se piensa en la democracia o en la realidad social, muchos piensan, como sucedió en 1958, en un típico hombre de Derecha, levemente disfrazado. Cuando se medita en los intereses del pueblo, otros muchos sólo conciben dar su apoyo a los partidos socialistas. Eso es verdad. Pero, ¿significa tal cosa que el camino de la Democracia Cristiana sólo se mueve dentro de la más absoluta impotencia? ¿De dónde se saca la conclusión sectaria de que la polarización entre la Derecha tradicional y la Izquierda socialista no puede ser superada?

Nosotros creemos que tales afirmaciones van contra la experiencia más elemental de nuestra vida política. Señalemos solamente algunos datos irrefutables:

a) La aparición de la Falange Nacional, en 1938, como fuerza política autónoma, con clara conciencia doctrinaria, con nítido sentido de su papel popular y renovador es ya un aporte considerable a favor de la posición de "tercera fuerza". Si no hubiese existido el convencimiento profundo de que la realización de las ideas cristianas implicaba el derrumbe de las viejas estructuras liberales y la superación histórica del socialismo racionalista, la Falange Nacional no habría existido. Y sin ella, tampoco habría ahora movimiento demócrata cristiano en Chile.

b) El desarrollo del movimiento demócratacristiano constituye otra prueba. Nada importa, al respecto, señalar vacilaciones o cambios de la ruta. Es inexacto decir que la Falange adoptó primero una posición de tercera fuerza, en seguida una política de "compromisos" con la Izquierda, luego una actitud centrista y, por fin, ve abrir ahora delante de sí una etapa "popular". Todo ello no es más que visión subjetiva de los acontecimientos. La verdad, en cambio, consiste en que la Falange mantuvo, en la esencia de su doctrina y sus tendencias, la certeza de que constituía una ideología discrepante del orden establecido y expresiva de métodos y fines propios. La presión de

los adversarios pudo plantear debates internos y, dadas las circunstancias concretas, pudieron existir períodos en que se adoptaron líneas más ligadas a los partidos de izquierda, como asimismo hubo también claras y firmes reacciones contra ello. Una marcha tan compleja y ya larga no puede ser dibujada con trazos demasiado breves. Pero, por encima de todo ello, hay cosas elementales que surgen del total de los hechos. A medida que ha pasado el tiempo, y ante infinitos problemas ideológicos, políticos o sociales, la fisonomía propia del movimiento demócratacristiano, como una posición inconfundible, con horizonte internacional, con ideas universales, con lugar en la teoría y en la historia, se ha marcado cada vez más. La tesis contraria no es de origen demócratacristiano; proviene de aquellos que se proponen negarnos la existencia.

c) La reciente campaña presidencial suministra el último ejemplo demostrativo. ¿Podemos nosotros ahora desorientarnos hasta tal punto que nos veamos llevados a sostener la tesis siguiente: las bases teóricas y prácticas de la campaña presidencial deben ser consideradas como una actitud centrista a la cual no cabe ya atribuir subsistencia alguna?

La verdad es que la Democracia Cristiana habría jugado sólo un papel de comparsa si hubiese querido adoptar en 1958 otra actitud que la conocida. Dicha jornada tuvo el inmenso mérito de ofrecer al país una lucha entre cuatro plataformas genuinas. No hubo la habitual mezcolanza electoral entre partidos que quieren ganar, pero no fijan de antemano sus puntos de discrepancia. Las cuatro plataformas correspondieron a cuatro concepciones. Una de ellas logró vencer. Eso puede traer alteraciones de carácter contingente en la actitud de los demás. Pero, no cabe duda alguna de que no hay razón para decir que los vencedores representan lo mismo que los vencidos o que éstos dejaron de ser diferentes entre sí.

Aquí nos interesa, por sobre todo, señalar que la plataforma de Frei no significó un esfuerzo perdido. Por el contrario, dando una batalla dentro del más puro espíritu de separación respecto de los adversarios ideológicos, sin admitir más que a los que voluntariamente desearon acercarse a nosotros, en guerra sin cuartel con la Derecha, la Izquierda y el radicalismo, enjuiciados por unos y otros, atacando y defendiéndonos, la Democracia Cristiana logró conmover al país, obtuvo una enorme cantidad de sufragios

y creó un hecho político del cual no será posible prescindir. ¿Será necesario abandonar todo eso por el solo motivo de que no obtuvimos la primera mayoría? ¿Ha llegado el momento de entregar nuestra doctrina,

nuestra alma, nuestra historia, renegar de todo, para poder adquirir el derecho a seguir, sobre esas ruinas, y sólo ahora, la "política popular" que algunos preconizan?

III

3. La posición de "tercera fuerza" debe ser mantenida en las actuales circunstancias.

Formulemos a este respecto algunas consideraciones esquemáticas:

a) La situación política actual exige de la Democracia Cristiana mantener íntegramente su actitud de la campaña presidencial. En efecto, si examinamos el encuentro de las fuerzas políticas hallamos que se nos presentan de un modo bastante claro.

El Gobierno, por una parte, representa la coalición derechista. Por el momento, la frágil envergadura moral del radicalismo crea las condiciones para un apoyo de este partido. Se reconstituye así una fuerza cuya debilidad congénita se comprobó en 1950, pero que, bajo nuevas circunstancias, puede durar algún tiempo. El Gobierno actual está presidido por un hombre que es el símbolo de una cierta aparente unidad nacional. No se dejará vencer con facilidad. Pero, es difícil que pueda mantener su Gobierno incólume ante el crecimiento de la impopularidad. Por mucho que haga y por mucho que la opinión continúe prendada de sus condiciones personales, la base política en que se apoya no permanecerá como fuerza creadora y estable. Necesariamente tiene que haber un desplazamiento más hacia la izquierda.

Por otro lado, el Frap está comprometido a una política de oposición cada vez más acusada. Le es imposible buscar una suerte de sucesión tranquila y puramente legal. Cada uno de sus actos impulsa a la guerra civil. Y está perfectamente dentro de la lógica de las cosas que ella venga, a poco que las fuerzas opositoras se plieguen a dicha línea o que el Gobierno sea arrastrado por la exasperación. En este sentido, a nuestro juicio, permanecen en pie las admoniciones dadas durante la campaña presidencial. Es inútil escapar a los hechos. El crecimiento de la pugna entre el Gobierno y la oposición es un hecho. No hay duda de que ella se realiza con vistas a disponer del apoyo de las grandes masas. Por ahora, el Gobierno, recientemente instalado y con recursos diversos, puede darse el lujo de creer que ha derrumbado el bastión izquierdista. Pero, tan pronto los frutos de una gestión de varios años pongan al desnudo la obra de su Gobierno, —que difícilmente sobrepasará el marco derechista tradicional—, veremos otra vez la presencia pujante de las masas rebeldes en las calles. Es la oportunidad que esperan los dirigentes del Frap. Todas sus cartas van a ser jugadas en ese momento, pues la lógica más elemental los obliga a marchar en la cresta de la ola revolucionaria. Si no están allí, desaparecerán.

En esta situación, el cuadro es claro. La Democracia Cristiana debe reflexionar hoy, y no mañana, sobre este proceso. Debe adoptar hoy y no mañana, su punto de vista. ¿Cuál ha de ser? No hay, en verdad,

más que dos: o busca la "unidad popular", como sugieren algunos, y, para ello sumerge sus diferencias con el Frap, o prepara un camino de oposición que signifique rechazar todo contacto estratégico con el Frap y sobre esa base encabezar la lucha.

La primera solución es aparentemente más fácil y más "política". En efecto, basta decir, para sostenerla, que se debe estar ahí donde el pueblo se halla. Pero, en el hecho, se trata sólo de estar donde el Frap diga que es necesario hallarse. Para juzgar a este conglomerado no podemos idealizar las cosas. El Frap busca la asunción total del poder para sí. Sus líneas y sus tácticas serán implacables en ese sentido. Llegado al poder no tendrá nada que hacer con la Democracia Cristiana. Simplemente procederá a eliminarla física o políticamente. El Frap no puede asumir el poder en Chile sin instalar un aparato administrativo policial que le asegure tranquilidad. Y si ese es su fin —abonado con declaraciones, actuaciones y exigencias internas— resulta absurdo proponerse un plan que no consulte ese hecho. De ahí que la unidad, rígida o liviana, con los partidos del Frap significa patentar su estrategia, ofrecerle nuestro apoyo, correr con todas las consecuencias de sus actos, aceptar la constante admonición ante nuestros titubeos e incluso dividir nuestro propio frente entre los "audaces" (o sea, los pro Frap), o los "moderados" (o sea, los que se nieguen a los métodos antidemocráticos o a los riesgos innecesarios). En este sentido, nada más útil que recordar la frase de Lenin:

"La social democracia no se ata las manos, no restringe su actividad a un plan o procedimiento de lucha política cualquiera, elaborado de antemano; admite, en cambio, todos los medios de lucha a poco que correspondan a las fuerzas reales del Partido" ("Que hacer", Editions Sociales, 1947, pág. 49).

Ahí está todo el secreto de la posición "golpista" del socialismo chileno. Que no haya lugar a engañarse más tarde...

Mas, ¿por qué hemos de seguir nosotros un plan que nos pone detrás de nuestros adversarios? Por nuestra parte, sostenemos que hay dos cartas de triunfo para la Democracia Cristiana chilena. Una de ellas, es la certeza de que la Derecha terminará su mandato sin poder dejar sucesión; la segunda es que el Frap está obligado a intentar reemplazarla con métodos que provocarán serias resistencias incluso entre amplios sectores obreros. ¿Cómo, pues, adquirir el prestigio necesario para irrumpir a última hora entre la Derecha debilitada y la Izquierda demagoga? Solamente, manteniendo desde ya la intransigencia ante esas fuerzas y dando la impresión que somos capaces de gobernar, o sea, de representar las aspiraciones de quienes

serán entonces una mayoría abrumadora. En este sentido, la tesis de unidad popular (complacencias con el Frap), es un disparate político cuyo fruto aparecerá fatalmente en las próximas elecciones parlamentarias.

b) Quisiéramos decir que en este período se impone también de modo urgente abandonar todo pudibundez sobre cuestiones de doctrina social. Es curioso advertir que, en nuestra política real, los demócratacristianos somos los únicos que no presionamos la realidad económica en el sentido de nuestra doctrina. Mientras los liberales, ponen énfasis en la libre empresa, y los socialistas en la intervención del Estado, nosotros callamos el hecho de que la realidad misma abre camino para fórmulas comunitarias. Ningún problema actual se plantea sin que ello sea así. En los planes habitacionales o agrícolas, el cooperativismo aparece como una exigencia impuesta por la técnica. Pues bien, no se trata de otra cosa. Para sacudir el cargo de utopismo con que los derechistas obtienen tantos triunfos fatuos, deberíamos colocar en el centro de nuestra acción y de nuestra propaganda la realización de ideas comunitarias. Es imbécil, a nuestro juicio, quedarse diciendo que por ahora no se trata de eso. Por el contrario, no hay nada más urgente, más real ni más "político". Es el Partido Demócrata Cristiano el que debe hacer del cooperativismo una

fórmula de redención social, de desarticulación de la maquinaria individualista y del estatismo burocrático. Como dice el P. Lebreton, ello es la obra de los estadistas y políticos.

c) Estamos convencidos de que una seria posición partidaria sobre los dos puntos enunciados: línea política y realización social económica, puede superar la pugna entre Derecha e Izquierda y librar al país de un conflicto social entre dos bandos que se caracterizarán como la "reacción" contra el "pueblo" y la "democracia" contra el "comunismo". Eligiendo entre ambos extremos, ni los demócratas ni los cristianos tendrán mucho que ganar. Antes de llegar a esa situación, hagamos lo necesario para evitar que se produzca. Sólo después de haber jugado a fondo nuestro papel y comprobado con hechos nuestras tesis, estaremos en situación de calificar a dichos bandos. Y si se trata de una revolución popular contra un Gobierno reaccionario y tiránico, tendremos autoridad para encabezarla; al mismo tiempo, si se trata de una conspiración totalitaria contra la democracia, podremos asimismo contribuir a desbaratarla. Pero, es absurdo plantear ahora los problemas de mañana. La cuestión que se halla a la orden del día es la de mantener ante el país la fisonomía teórica y política de la democracia Cristiana.

IV

4. El instrumento de esta política: el partido "vanguardia".

Al proponer, en nuestro artículo anterior, la idea de un partido demócratacristiano de "vanguardia", estamos pensando en todas estas cosas. A pesar de algunas objeciones, seguimos manteniendo en forma íntegra nuestras tesis de esa oportunidad. Conviene, sin embargo, examinar determinadas críticas escuchadas con posterioridad.

Se nos ha dicho, por parte de R. A. Gumucio (Política y Espíritu, N° 219), que esta vanguardia se confunde con una "élite" ajena a la realidad y despreocupada de ella. Como prueba se cita un pasaje nuestro en que afirmamos la necesidad de negar el presente.

La crítica nos sorprende. La idea de "vanguardia" implica solamente una mayor conciencia de la misión. Esta misión es liberadora y transformadora. No huye de ninguna realidad social dada. Justamente existe para transformarlas. Aquello que la preocupa son los problemas reales del hombre sometido a explotación social. Ella es la cabeza lúcida que hace consciente a los demás el camino de la liberación. ¿Qué tiene que hacer eso con una "élite", enclaustrada en sí misma, pendiente de no perder su doctrinarismo, reducida a no ocuparse sino del estrecho círculo de sus miembros? Si creemos que un movimiento liberador se gesta en las entrañas de la sociedad y si él no se llevará a cabo sin ideas y voluntades, la vanguardia suministra ese elemento. Interpretar las cosas de otro modo es no colocarse dentro del plano mismo de las palabras usadas. Por cierto: cambiar una realidad significa negarla. Si el capitalismo es el mal,

no debemos comprometernos y corrompernos dentro del capitalismo; si el totalitarismo es el mal, no debemos convertirnos en sus servidores. Si el tirano es el mal, debemos ir, como Fidel Castro, a las sierras y no a los palacios del dictador. Ese es todo el sentido de la frase citada: hay que negar el presente, si se quiere liberar a los oprimidos.

Se nos dice también que una concepción semejante conduce al nazismo y niega la democracia. Es otra observación asombrosa. La definición ideológica y práctica de un partido renovador no tiene nada que ver con el nazismo. No vemos, por ninguna parte, la relación entre ambas cosas. Hace falta una infinita friolidad de pensamiento para confundirlas. No estamos pregonando la exclusión de los partidos políticos. Decimos simplemente que los demócratacristianos deben luchar, con los métodos de la democracia, contra sus adversarios ideológicos. La democracia no nos obliga a vivir en pactos permanentes con los conservadores o con los comunistas. En cambio, la opinión pública nos exige que no caigamos también nosotros en la tarea de convertir la política en una "componenda" vergonzosa y permanente. No volvamos a la tesis increíble de que la "tercera fuerza" es por naturaleza fascismo. Ni seamos tampoco reaccionarios hasta el punto de creer que una ideología no puede surgir en la historia de nuestro tiempo. Son necedades de las cuales no vale la pena ocuparse.

Una última observación es la que se ha traducido, con la pertinacia propia de una campaña orquestada, bajo la expresión "purismo".

Se nos dice:

Con todo, dos almas o dos mentalidades han seguido trabajando dentro del partido y presionándolo en un sentido u otro. Una trabaja por no cortar los vínculos con el mundo popular, con la masa proletaria y sindical y no teme los contactos y los compromisos propios de una política de izquierda. La otra quiere preservar, ante todo, lo que se ha dado en llamar la "independencia" del partido. Rehuyen una acción comprometida cualquiera que sea su sentido. A duras penas admiten los contactos o coincidencias más indispensables. Desde su retiro espiritual rechazan abruptamente todo el mundo de las realidades, desde el capitalismo al socialismo, desde el conservantismo al comunismo, y educan al partido en el principio de que todas estas entidades son vituperables y hasta criminales y debiendo, en consecuencia, preservarse de la menor relación con ellas.

Esto es lo que llamamos purismo. A tal punto llega en su coacción intelectualista, en su espíritu "integrista", incompatible a nuestro juicio con la práctica misma de una democracia abierta a una pluralidad de fuerzas, que no encuentra cómo ubicar siquiera al partido dentro de los términos terrestres de la vida política. En efecto, el partido, para ellos, no está ni en la derecha, ni en la izquierda, ni en el centro. Si se les pregunta dónde está contestarán con definiciones que tienen una existencia puramente conceptual.

Para apreciar el valor de tales raciocinios, bastará con escrutar las tesis positivas que se encubren detrás de esa denuncia. Obsérvese que la realidad es presentada como una gama que va desde el capitalismo al socialismo, desde el conservantismo al comunismo. En términos más cotidianos, eso es la Derecha (capitalismo, conservantismo), la Izquierda (socialismo, comunismo) y el Centro (equilibrio entre uno y otro extremo).

En ese cuadro, no aparece la Democracia Cristiana como una realidad por sí misma. Antes se negó que hubiese una "tercera posición" legítima. Eso significa que lo real se nos escapa si le damos un nombre correspondiente al movimiento demócrata cristiano. Nuestro papel consiste en adherir a la realidad y ésta, como vemos, se nos presenta como Derecha, Centro e Izquierda, como capitalismo, socialismo o transición de uno a otro. No hay, doctrinariamente hablando, un lugar para nosotros. Tampoco lo hay en la práctica. Si queremos afirmar lo contrario, se nos dice que eludimos la realidad. Para estar en ella, se hace necesario adherir, introducirse en un casillero teórico e histórico que no nos pertenece y que no creamos por nuestro esfuerzo. El Partido Conservador es, en cambio, una posición real. Su existencia determina una realidad política (la Derecha) y obedece a una realidad social (el capitalismo). Los partidos socialistas también son una posición real. Su existencia determina una realidad política (la Izquierda) y obedecen a una realidad social (el pueblo). Cuando un demócrata cristiano pide tener derecho a existir tiene que hacer una

elección: o el capitalismo, o el socialismo o la mezcla de ambos: la Derecha, la Izquierda o el Centro.

Esa es la lección pesimista que se desprende del pasaje citado. Quisiéramos saber si hay un solo militante demócrata cristiano que haya solicitado su ingreso al movimiento con esa visión en la mente. La verdad es que nadie razonó de ese modo. A ningún militante se le pasa por la cabeza la idea de que perfilar su doctrina, acentuar la acción que brota de ella significa aislarse de los hombres, de sus problemas, de la justicia o de la libertad. ¡Qué cosa tan fuera de tiento! Es una demencia senil gritar a los demócrata cristianos que deben creer en su doctrina y ponerla en práctica, para decirles luego que si califican a las demás ideologías, de acuerdo con sus ideas, y toman posiciones consecuentes, pasan a ser "puristas", gente que no desea mancharse.

Mas, ¿no se advierte acaso que se confunde miserablemente la realidad como hecho físico, que es necesario tener en cuenta, con la realidad como hecho social que debe ser transformada? ¿No se ve que una cosa es separarse de los hombres oprimidos por el capitalismo y el totalitarismo y otra muy distinta apartarse de las fórmulas, tácticas e intereses de los partidos de Derecha o de Izquierda? ¿No hay cerebro para comprender que justamente por la necesidad de liberar a los hombres hay que negar la realidad opresora? Digamos de una vez por todas que la Democracia Cristiana es el instrumento político de una aspiración teórica y práctica que se esconde en las entrañas del pueblo y que muchas procuran expresar. Nosotros pensamos que nuestro Partido es la fórmula política, y nuestra doctrina el cuadro total. En consecuencia, no necesitamos salir de nosotros mismos para hallar los problemas y los hombres. Al revés, trataremos contacto con las grandes masas desposeídas en la medida en que seamos demócrata cristianos y lo seremos, viceversa, en cuanto toquemos con nuestra mano la realidad social. Pero, ¡qué se entienda bien!, esta realidad no es la de las estructuras ideológicas adversas, de los sistemas sociales corrompidos, de los intereses inhumanos. He ahí nuestro "purismo": saber que la doctrina demócrata cristiana es el único humanismo auténtico. Para combatirnos se necesita caricaturizarnos y sostener que nuestra fe en la acción emergente de nuestra doctrina significa huir de la vida. ¡Cómo si la vida estuviese determinada por la acción y los intereses de los adversarios!

Solamente cuando se ha caído en esas confusiones, se nos puede decir que si no estamos en la Derecha, la Izquierda o el Centro, no estamos en la tierra. Tal afirmación equivale exactamente a decirnos que, para existir, debemos ser otros que nosotros mismos. Todo se aclararía, sin embargo, con un poco de reflexión sobre las palabras: la "izquierda" no es la vaguedad de los sueños reformadores o los buenos propósitos concretos o, por fin, el mundo de los oprimidos; la "izquierda" es solamente el conjunto de los partidos políticos que representan la teoría y la práctica del socialismo pro marxista. Esa burda confusión constituye el eje de la campaña contra el fantasma del "purismo".

V

5.-La tentación del oportunismo.

La lógica tiene sus exigencias. Si partimos de una confusión, nuestras conclusiones serán confusas. Si atacamos a un espectro, corremos el peligro de vernos de pronto repitiendo lo mismo que decíamos combatir. Si llamamos purismo a la acción política que procede consecuentemente, hemos de caer por fatalidad, en el oportunismo.

¿Y qué otra cosa sino proyecciones hacia el oportunismo fundamentan la crítica que recibimos? Veamos sólo algunos aspectos.

a) *Principios y hechos.* Se nos dice por una parte: "Los conceptos o principios que constituyen la doctrina de un Partido son indudablemente invariables en su esencia, pero la aplicación de ellos, como la táctica que se adopte para verlos triunfar, debe ajustarse a las condiciones dadas por la vida social y política...". Nada más exacto y obvio que lo anterior. Mas, en seguida se agrega esta otra frase: "Entendámonos bien, estos principios deben probar su eficacia y su acierto en la práctica política... Siempre los hechos, a veces imprevistos, terminan por imponerse a los planteamientos teóricos y por imprimir su propio rumbo a las cosas".

Allí tenemos dos criterios antagónicos. Por un lado, los principios son invariables en esencia; por el otro, ellos no valen si no prueban su verdad en los hechos, los cuales están por encima de los planteamientos teóricos.

Ahora bien, la verdad que hay en lo anterior pudo haberse dicho con sencillez, a poco que se hubiese reflexionado seriamente. Los principios generales constituyen la filosofía de un partido. Ella no está sujeta a ser probada con los hechos menudos de la política. Ella ha sido elaborada por los métodos de que dispone el ser humano cuando se trata de concepciones generales: razón, intuición, experiencia. De tales principios surge una línea de acción. Así, una filosofía democrática funda una política democrática: nada se demuestra contra ella por el hecho de que, en un momento dado, triunfe una revolución. Por último, de esa línea se desprenden tácticas circunstanciales. Ellas son las que deben ser calificadas por los hechos. Así, por ejemplo, la Derecha chilena empleó una táctica afortunada cuando se disfrazó de "independentismo" en la última campaña; en cambio, el antiibañismo violento del Partido Radical no le dio los frutos que esperaba.

Todo esto es claro como la luz y no daría lugar a comentario alguno si no fuera porque los autores del pre informe mencionado estaban tratando de justificar una política que no calza en nada con la doctrina y la línea de acción demócratacristiana. Por eso, insisten sobre la primacía de los hechos, como si sus reflexiones sobre ello conservasen alguna pequeña novedad. Y, para ponerse a cubierto, hacen valer, sin reparar en la contradicción, la importancia de los principios. Se mueven entre unos y otros, afirmándolos sucesivamente, y sin conexión orgánica alguna. Así

tenían que proceder, pues su fin último era demostrar que una política fundada en principios, consecuencia y claridad, debe ser designada como "purismo".

b) *Abandono de la posición doctrinaria.* Sobre esto hemos dicho bastante. Las censuras que se nos dirigen revelan siempre un hecho esencial: los estrategas repudian el derecho de la democracia cristiana a apelar a la doctrina. Si ello se hace, viene la acusación de aislacionismo. Se confunde el perfil político-ideológico con las pequeñas acciones comunes a diversos movimientos. Se llega incluso al colmo de tachar en la Democracia Cristiana lo que se alaba en los demás (1).

c) *Abandono de las posiciones prácticas.* Observamos, en efecto, que durante la campaña presidencial, el Partido planteó una tesis en cuyo servicio se acompañaron argumentos doctrinarios, políticos y sociales. He aquí, sin embargo, que todo el arsenal de esa campaña es negado ahora con la mayor facilidad. Ella no fue sino una etapa de "centrismo" incapaz de superar el hecho irremediable de la polarización de las fuerzas entre la Derecha y la Izquierda. Se debe concluir, pues, que, de acuerdo con ese pensamiento, se necesita cambiar la tesis: ahora hay que salir del Centro y "optar por un compromiso total con el pueblo". El planteamiento anterior no es ya mantenido. No debemos volver a situarnos dentro del cuadro de la campaña presidencial. Dado que no hay más remedio que estar con el pueblo y que la fórmula de la Izquierda es la que expresa la posición popular, nuestros teóricos nos dicen paladinamente lo siguiente: el Partido debió dar la batalla presidencial junto con el Frap y el camino por delante es el de ir, en un "compromiso total", con dichas fuerzas. Si no llegamos a esta conclusión, las premisas de que se partió no tienen sentido. Pero, esto entraña dos consecuencias graves: por una parte, significa estimar ahora como erróneo lo mismo que se fundamentó en la doctrina y en objetivos esenciales durante la campaña; segundo, que es necesario cumplir con las exigencias de la nueva política y, por tanto, comprometerse a fondo en algo completamente distinto a lo hecho. Pero, ¿qué es lo que determina todo esto? Una sola cosa: la derrota electoral. Si hubiésemos triunfado, no se habría venido a la próxima Convención a declarar que la base de nuestra campaña fue centrista y poco popular. No se habría anatematizado nuestra estrategia hasta el punto de negarla en redondo. En otras palabras, se cae en el eterno vicio del oportunismo: presentar como *esencial* un planteamiento al cual no se da mucho crédito y sus-

(1) A este respecto es decisivo un artículo de Jorge Cash en "La Libertad", 9 de mayo, sobre el Partido Socialista chileno.

tituirlo por otro tan luego como el éxito no se produce. Este último planteamiento, uno puede imaginarlo, correrá la misma suerte del primero, ¡pero, por ahora se recurre a todos los esfuerzos doctrinarios para justificarlo!

d) *Apelación a las generalidades.* Otra de las actitudes típicas de algunos de nuestros contradictores consiste en librarse de los problemas internos y de las realidades creadas con motivo de la campaña presidencial, recurriendo a las generalidades de perogrullo. Se levanta un cuadro esquemático, casi inactual, aparentemente claro, muy afirmado en principios también generalísimos, y se llega a la conclusión de que toda nuestra línea política se reduce a estar mal con el Gobierno, regular con el Frap y bien con el Partido Nacional Popular. A eso se agrega alguna frase anticomunista para centrar mejor las cosas y todo aparece con la dosis de sentido común indispensable para ganar la jornada interna. Entretanto, esas generalidades teóricas o políticas no resuelven ningún problema real y no ubicarán al Partido como una fuerza de choque en un momento que es una verdadera encrucijada. Para salvarse de la tenaza cernida sobre nosotros, se confía... ¿en qué? En una política que mantenga el número suficiente de indefiniciones como para que más tarde se pueda hacer cualquier cosa en cualquier momento. O sea, que una vez más los principios y las estrategias con fundamento en la doctrina pasen a la categoría de "purismo" y los "terribles hombres de los hechos" puedan actuar de acuerdo con el principio de que los hechos se imponen a los principios. Esa es la clave de la ponencia número tres insertada en este Número.

e) *La condenación verbal del aislacionismo y su afirmación real.* Nuestros lectores podrán observar que las proposiciones contenidas en las ponencias dos y tres implican o expresan la condenación del "aislacionismo", fetiche levantado con ayuda de las mejores técnicas de "violación psicológica de las multitudes". Pero, al mismo tiempo, ambas llegan exactamente a las mismas conclusiones prácticas (en su formalidad exterior, al menos), que nuestras tesis. En efecto ninguna de esas ponencias propone pasos políticos diferentes de los que surgen de estas últimas. La ponencia número dos no nos dice en absoluto que es necesario unir las fuerzas políticas populares para defender mejor al pueblo. Eso sería, sin embargo, la más obvia conclusión del pre informe que la antecede y al cual nos hemos referido. Pero, no llega tan lejos. Después de prometernos, a lo largo de tantas vicisitudes aislacionistas, centristas y puristas, un "compromiso total" con el pueblo; después de decirnos que es necesario elegir entre la Derecha, el Centro y la Izquierda, o mejor dicho, que es preciso elegir la Izquierda; después, en fin, de agregarnos con claridad meridiana que no se trata de introducir "distingos mentales" ni "vacilaciones prácticas interminables", se nos espeta sorpresivamente la curiosa y asombrosa conclusión: hay

que estar con el *pueblo*, pero sin dar pasos políticos para llegar a él. ¡Nos vamos a quedar, pues, en la vieja y fracasada posición "centrista"! Nos aproximaremos a la Izquierda sólo con la imaginación. ¡Ningún paso concreto! Nada con el Frap, salvo las famosas coincidencias... Las discrepancias con el Partido Comunista serán subrayadas...

Pero, ¿no es eso lo que se critica en nosotros cuando decimos que no hay que hacer pactos con el Frap ni dejar de mantener la lucha ideológica y política contra sus integrantes?

Después de todo este planteamiento, hecho en el plano de las fuerzas políticas, los autores de la ponencia, se ponen a salvo, cambiando de nivel, y diciendo en sus conclusiones que el compromiso es a fondo con "el pueblo". Mas, ¿por qué ellos monopolizan el "pueblo"? Solamente porque se les impone esta línea de escapatória verbal después de haber tenido que frenar a última hora la lógica implacable de su tesis.

La ponencia número tres condena también el aislacionismo, pero su cuadro es exactamente igual al nuestro. Más aún: en ella palpita una colosal intransigencia hacia la extrema izquierda comunista. ¿Por qué no se dice en forma clara que esta tesis implica un alejamiento de las fuerzas izquierdistas, pero una abertura a una colaboración hipotética, no reflexiva, no premeditada, sujeta a las contingencias diarias, con el resto de las fuerzas políticas nacionales? Si no fuese así, la insistencia sobre el aislacionismo habría sido evitada.

d) *El rechazo del comunitarismo.* El pre informe de la ponencia número dos nos afirma que el comunitarismo es una hermosa doctrina, pero está en el cielo de la teoría pura. La ponencia número tres nos agrega que la política del país debe apoyarse en una planificación general acompañada de un margen de libertad particular. Una y otra, pues, se niegan a tener conciencia de que la revolución comunitaria no será otra cosa que poner un poco de inteligencia en la utilización de una de las tendencias que se dan en los hechos económicos contemporáneos. Nuestros contradictores se refugian, uno y otro, alternadamente, en las dos tendencias adversas a la doctrina de nuestro partido y abandonan la de éste.

f) *El rechazo de las soluciones.* Para terminar este inventario de nuestro oportunismo interno digamos que llega a la apoteosis cuando, en vez de fórmulas políticas, se nos diluye en cantos sobre la paz, la ciencia, la "nueva edad de la historia" y "contactos sobre puntos concretos" con las fuerzas de izquierda, al propio tiempo que "duro conflicto" con las de Derecha.

En suma, frases generales que nadie niega y todos tienen presentes, pero que no forman parte de la discusión actual... y frases combativas, perfiladas y, al mismo tiempo llenas de reserva ante otros partidos. ¡Exactamente lo que antes se llamó ausencia de "compromiso a fondo"!

PRECISIONES EN TORNO A UNA LINEA POLITICA

por Héctor Valenzuela Valderrama.

La Primera Convención Nacional del Partido Demócrata Cristiano deberá, en pocos días más, señalar la ruta del Partido para los próximos años, plantear en proposiciones concretas sus principios doctrinarios, desarrollar las tácticas de acuerdo con las cuales buscará los objetivos propios, perfeccionar su actual organización.

Enfrentados a tan importante evento, resulta útil formular algunas precisiones en relación con las ideas ya expuestas con anterioridad en esta misma revista.

I

a) Es preciso reconocer que el PDC constituye actualmente un bloque monolítico que no acusa ni la más leve trizadura en lo que se refiere a la adhesión de sus militantes a los principios doctrinarios. En efecto, no hay un solo demócratacristiano que no esté plenamente convencido de que nuestra misión fundamental, nuestra razón de existir como Partido, es la de superar y sustituir el orden vigente, viciado por toda clase de injusticias, y reemplazarlo por un orden cristiano, humano y comunitario. Igualmente se acepta por todos que la dinámica del Partido es revolucionaria, en la más pura y profunda acepción de la palabra.

b) Existe también un convencimiento unánime en cuanto a la necesidad de fijar en proposiciones concretas los principios doctrinarios, lo que permitirá adoptar soluciones claras y efectivas para los problemas del país. En el curso de la reciente campaña presidencial, la Democracia Cristiana entregó a la consideración de la opinión pública, bajo el nombre de "Plan Frei", uno de los esfuerzos más serios y completos que se hayan realizado en Chile en este sentido. Dicho Plan hay que traducirlo ahora en un articulado de proyectos de ley. Este habrá de ser el próximo paso. Los técnicos del Partido han estado trabajando en ello. La Convención, que reúne a representantes de todas las zonas del país y de todas las esferas de trabajo, proporcionará una visión más exacta, más amplia y real de las necesidades y posibilidades, lo que facilitará el cumplimiento de tan urgente tarea.

c) Asimismo, es unánime el deseo de perfeccionar nuestra actual organización partidaria, haciéndola más ágil y eficaz. Todos comprenden que esto constituye una condi-

ción indispensable para la consecución de los objetivos del Partido.

d) En donde existen discrepancias es en la fijación de los pasos que debe dar el Partido para lograr la realización de sus fines y objetivos, o dicho de otro modo, en la línea política que se juzga como la más adecuada.

En estas mismas páginas aparecen publicadas las tres Ponencias que sobre tan importante materia fueron debatidos en la Comisión Política preparatoria de la Convención. Con respecto a ellos es necesario declarar que, desde el momento en que están a salvo la pureza de la doctrina y la firme adhesión de todos a los principios, las discrepancias que se han suscitado acerca de la línea política no son sino la normal manifestación de la vitalidad interna del Partido. Por otra parte, como los sostenedores de todas y cada una de las líneas propuestas no buscan sino el triunfo de los ideales comunes, resulta evidente que todos son acreedores al más absoluto respeto.

Una de las Ponencias a que me he referido lleva las firmas de Oscar Calvo, Jaime Castillo, Hernán Frias y del que escribe estas líneas. Dicha posición obtuvo ya el importante respaldo del Congreso Provincial del Primer Distrito de Santiago y del Congreso Nacional de la Juventud. En el curso de los debates suscitados en los torneos mencionados, algunos contradictores de nuestra posición la han desfigurado y caricaturizado, motejándola de "purismo" o de "aislacionismo". Se ha juzgado por ello conveniente hacer un esfuerzo de precisión y de síntesis, con la esperanza de conseguir que terminen las especulaciones antojadizas que restan seriedad y altura a tan importante debate. Tal es el propósito de estas líneas.

II

A.—Una labor sería tendiente a fijar la línea política debe partir de una precisión en los conceptos relativos a la esencia y misión del PDC. En este sentido afirmamos:

1º—Que el PDC debe asumir el papel de una Vanguardia. Esto significa:

a) Un Partido que coloca la fidelidad a su doctrina por encima de todo; que combate sin tregua por ella; que es homogéneo, de organización ágil y de firme disciplina.

b) Un Partido cuya táctica la relaciona directamente con su doctrina; que una vez trazado un objetivo, lo persigue hasta sus últimas consecuencias; que rechaza fines políticos contradictorios con su esencia de colectividad inspirada en principios renovadores del orden moral, político, económico y social vigente.

c) Un Partido que finca su crecimiento no en la alianza con sectores heterogéneos o antagónicos, sino en la maduración interna y externa de su doctrina y de su programa y en la realización concreta de sus fines de bien público.

d) Un Partido que aspira a ganar la confianza y adhesión de las grandes masas mediante la amplitud de sus razonamientos, la claridad de sus posiciones políticas, la eficacia de las soluciones que propone; y que para ganar la confianza de las mayorías nacionales realiza su acción no en los pasillos, sino a la luz del día, estableciendo un contacto permanente con la opinión pública, a la que ofrece siempre la verdad.

29.—**Que el supremo objetivo del PDC es la sustitución de la sociedad capitalista por una sociedad camunitaria.** Esto significa que:

a) El Partido se vuelca entero a la tarea de superar los moldes espirituales, políticos, económicos y sociales creados por el Capitalismo, vigentes en la actualidad, y a la de sustituirlos por una estructura de la sociedad cuyo fundamento sea una economía humana, en la que encuentren plena expresión la libertad, la justicia, la solidaridad; en una palabra, a instaurar una sociedad camunitaria.

b) El Partido rechaza todo conformismo con el orden existente; rompe políticamente con los partidos que aplican y defienden el sistema capitalista, y acepta todas las consecuencias que tal rompimiento acarrea.

c) El Partido desecha rotundamente toda idea en el sentido de que las tendencias colectivas del socialismo y comunismo, signifiquen una buena fórmula de sustitución del sistema capitalista.

E.—De lo anteriormente expuesto fluye la línea política que propugnamos:

a) El PDC no se sitúa en ninguno de los casilleros en que tradicionalmente se han dividido en Chile las fuerzas políticas. No es un Partido ni de Derecha, ni de Izquierda. Tampoco es un Partido de Centro, puesto que no está equidistante de la Derecha y de la Izquierda, ni aspira a moderar el socialismo o a popularizar el capitalismo.

Definido ya como **Partido de Vanguardia**, cuya misión es sustituir lo existente, debe crear en la mente de la opinión pública una ubicación propia, que lo distinga nitidamente de los demás; que lo muestre no comprometido ni con el individualismo de los partidos de la Derecha (Conservador Unido y Liberal), ni con el oportunismo del Centro (Partido Radical), ni con el totalitarismo y golpismo de la Izquierda (Socialismo y Comunismo); que imponga el sello propio, renovador, de la Democracia Cristiana.

b) En el contacto obligado que impone el juego de una democracia, pueden existir entre los partidos políticos dos clases de entendimientos: formales e informales.

1.—**Entendimientos formales:** Tales son aquéllos que, para conseguir determinados objetivos, son buscados expresamente y se concretan en la firma de pactos, en la concertación de alianzas o formación de bloques más o menos permanentes. Pues bien, rechazamos tal tipo de entendimiento con las fuerzas antagónicas a la nuestra, aún a pretexto de lograr ventajas programáticas. Creemos que el precio que se paga por tales conquistas es desproporcionado, pues no es otro que la desorientación de la opinión pública con respecto a nosotros, la que por tales compromisos nos juzga, de hecho, con razón o sin ella, como indefinidos o politiqueros. Tales pactos con fuerzas antagónicas representan el seguimiento de la demoleadora teoría del éxito inmediato. Un Partido joven como el nuestro, que aún no ha logrado perfilar con claridad su cara ante la masa ciudadana, debe disciplinarse en la idea de que el éxito, verdadero y fecundo, llegará sólo cuando haya madurado en la conciencia del pueblo. Eso se consigue únicamente con actitudes de una claridad rotunda.

Lo dicho en relación con los entendimientos formales admite sólo dos excepciones, una de orden general y otra de tipo particular.

La **excepción de orden general** se refiere a la defensa del régimen democrático, cuando éste se vea seria y realmente amenazado, calificación que corresponderá hacer en cada oportunidad de acuerdo con nuestro propio criterio.

La **excepción de tipo particular** la constituye el Partido Nacional Popular. Es natural que con dicho Partido resulte no sólo posible, sino más aún, satisfactorio y conveniente mantener cordiales relaciones y concertar pactos de orden político, parlamentario y electoral para lograr la realización de aspiraciones comunes, en razón de que a pesar de no ser una colectividad demócratacristiana, desde un tiempo a esta parte se ha establecido entre nuestro Partido y el PANAPO una permanente y real concordancia de objetivos y de acción.

2.—Entendimientos informales: Constituyen ellos las llamadas simples "coincidencias circunstanciales" de objetivos. Así por ejemplo, si se trata de derogar las consejerías parlamentarias que, según nuestro criterio desvirtúan la labor fiscalizadora del Parlamento, posiblemente coincidiremos con el Partido Liberal; si planteamos un proyecto que perfeccione y extienda la educación particular, podremos coincidir con el Partido Conservador Unido; si proponemos el reconocimiento legal de las federaciones y confederaciones nacionales de carácter gremial, es posible que con nosotros coincida el Partido Radical; si presentamos un proyecto de reforma agraria, es probable que coincidamos con los Partidos Socialista y Comunista.

Esta misma coincidencia en objetivos concretos puede producirse, de hecho, en otros planos importantes de la vida nacional, como el sindical, el universitario, el técnico, etc.

Pues bien, tales coincidencias circunstanciales en objetivos concretos, la aceptamos, en razón de que no somos todavía una fuerza que tenga el poder suficiente para imponer por sí sola sus ideas y programa, y porque tratándose de objetivos de bien público puede haber muchos que deseen sumar sus fuerzas para alcanzarlos en beneficio del país, del avance de la justicia, del perfeccionamiento de la democracia.

No obstante, tal aceptación está condicionada al cumplimiento por parte nuestra de dos exigencias:

a) Que la acción común se lleve exclusiva

y rigurosamente en el plano pertinente (parlamentario, sindical, etc.) y,

b) Que con ocasión de tales coincidencias se tenga siempre como norma proclamar ante el país el carácter circunstancial de la acción común, y a la vez, la plena vigencia de los antagonismos en los otros planos (doctrinario, político, electoral, etc.).

El cumplimiento de estas dos condiciones es la única manera efectiva de conservar la independencia necesaria y de evitar perjudiciales desorientaciones a la opinión pública.

En este mismo sentido es preciso decir que debe ser preocupación preferente de los dirigentes y fruto de su agilidad y capacidad, el conseguir que sea nuestro Partido quien se adelante a plantear proyectos en los que se presuma fundadamente que habrán de coincidir sectores importantes, y no esperar que los presenten otros, lo que nos haría aparecer siempre apegado tardíamente a ideas que, formando parte de nuestro programa, no fuimos capaces de concretar.

* * *

Al autor de estas líneas le asiste la esperanza de que las precisiones formuladas aclararán algunas dudas, y ayudarán a mostrar tanto la validez y realismo de la línea política propuesta en la Ponencia que firma junto con Calvo, Castillo y Frías, como también la falta de fundamento serio de las críticas hechas por los contradictores.



Con la acertada reposición de "El hombre del paraguas", inició su labor en el Teatro Maru, la Cía. de Jorge Quevedo, actor distinguido con el Premio Nacional de Arte 1958. Le reemplazó en la cartelera "Juani, en sociedad", adaptación libre de "La Rebelde debutante", comedia del inglés William Douglas Home, realizada por Luis Alberto Heiremas, joven autor de "La eterna trampa", "Noche de equinoccio", "La Hora Robada", "La jaula en el árbol" y la exitosa comedia musical "Esta señorita Trini". Dirigida por Carlos Morris, e interpretada por Jorge Quevedo, Sylvia Piñeiro, Nelly Meruane, María Inés Silva, Lucy Salgado, Rafael Benavente y Charles Beecher, ha reeditado el éxito artístico y económico de "Esta señorita Trini".

El Festival de Teatro Chileno, organizado por el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, ha dado a conocer, con escasa felicidad "Una luz en la lluvia", de Roberto Sarah, y "Es de contarle y no creerlo", dirigidas por Hugo Miller y Eugenio Dittborn, respectivamente. A la primera de ellas compartió el Premio Anual en el último Concurso de Obras auspiciado por el FEUC con "Deja que los perros ladren", de Sergio Vodanovic, cuyo estreno prepara Pedro Mortheiru. Antes, sí, le corresponderá el turno a "Juegos silenciosos", de Gabriela Roepcke. Estas dos piezas, cerrarán el Segundo Festival de Teatro Chileno.

"Los intereses creados", de Jacinto Benavente, inauguraron la XIX Temporada del Instituto del Teatro, ex Teatro Experimental de la Universidad de Chile. Obra representada no una sino cien veces en Santiago, y siempre con mayor fortuna, no la estimamos como la más indicada para este objeto. Los santiaguinos aún recuerdan la magnífica interpretación de Enrique de Rozas y su compañía, dada, si no recordamos mal, en 1947.

La primera obra anual del ITUCH es siempre una de elenco numeroso e, invariablemente, de autor español, clásico o contemporáneo. Esto mueve, a los mejores intencio-

nados, a creer que es una de las más adecuadas maneras de colaborar a la labor pedagógica de los maestros de segundo ciclo. Los mal pensados, estiman que estas obras de abundante reparto son escogidas, también, para darle cabida a actores que rara vez aparecen en los repartos de las piezas siguientes.

El no haber contado con actores idóneos frustró los buenos propósitos de Pedro Mortheiru, director de la comedia benaventina. Fracasos artísticos de esta naturaleza esperamos que sirvan para volver a la realidad a los dirigentes del ITUCH. El haber Mortheiru remozado la obra pasará desapercibido por el espectador común que, difícilmente, soportará sus dos actos mediocrementemente interpretados. Del elenco, en el que figuran nombres consagrados como los de Agustín Siré, Héctor Duvauchelle, Carmen Bunster, Rubén Sotocónil y otros, sólo logran destacar Jorge Lillo, Roberto Parada y, levemente, Franklin Caicedo. La escenografía de Sergio Zapata, joven elemento egresado de la Escuela de Teatro, es excelente.

Ya Ventura Gabilondo debe haber estrenado "También las mujeres han perdido la guerra", del siciliano Curzio Malaparte, obra dada a conocer en Argentina por Mecha Ortiz y que no despertó el entusiasmo anhelado. Creemos que igual cosa sucederá en Santiago.

Visto el anterior estreno de "L'Atelier", "Ameme, Capitán", y conociendo el programa a desarrollar en su escenario y los elementos con que cuenta, no justificamos el afán de Ventura Gabilondo por emprender una empresa teatral más.

Otro estreno que comentaremos próximamente es "Los visitantes de la muerte" del buen dramaturgo nacional que es Camilo Pérez de Arce. Bástenos recordar la acogida dispensada por la crítica y el público a sus obras "El Cid", "Raza de bronce" y, recientemente, "Comedia para asesinos". Presentada por la Cía. de Américo Vargas y Pury Durante, actúan, aparte de los citados, Elga Cristina y Armando Fenoglio.

Sergio Ramón Fuentealba.

LA BIBLIOTECA DEMOCRATA CRISTIANA

EN VEZ DE LA MISERIA, por <i>Jorge Ahumada</i> (2ª edición)	\$ 1.200
EL SENTIDO EXISTENCIAL DE LA POLITICA, por <i>Ismael Bustos</i>	500
EL PROBLEMA COMUNISTA, por <i>Jaime...Castillo</i>	900
CONGRESOS INTERNACIONALES DEMOCRATA CRISTIANOS	1.200
COMUNISMO Y RELIGION, por <i>F. Dufay, E. Depret, R. Rouquette y F. Cavalli</i>	800
LA ORGANIZACION POLITICA DE CHILE, por <i>Alberto Edwards</i>	800
FISIONOMIA HISTORICA DE CHILE, (2ª edición) por <i>J. Eyzaguirre</i>	1.200
HACIA UN NUEVO ORDEN POR UN CATALICISMO SOCIAL AUTENTI- CO, por <i>Jorge Fernández Pradel S. J.</i>	300
PENSAMIENTO Y ACCION, por <i>Eduardo Frei</i> (2ª edición)	1.000
LA VERDAD TIENE SU HORA, por <i>Eduardo Frei</i> , (5ª edición)	600
ECONOMIA CHILENA (Rumbos y metas), por <i>Carl Hudeczek</i>	1.000
EL ORDEN SOCIAL CRISTIANO, (2 tomos), por <i>Alberto Hurtado S. J.</i>	1.600
EL PADRE HURTADO, por <i>Alejandro Magnet</i> (3ª edición)	1.500
AMERICA LATINA ENTRA EN ESCENA, por <i>Tibor Mende</i> (3ª edición)	1.500
INTRODUCCION A LA HISTORIA DE MAÑANA, por <i>Tibor Mende</i>	1.200
INTRODUCCION AL COOPERATIVISMO, por <i>Humberto Muñoz</i>	400
EL PENSAMIENTO SOCIAL DE MARITAIN, por <i>Carlos Naudon</i>	600
CUESTIONES PRINCIPALES DE LA ECONOMIA, por <i>Anibal Pinto</i>	1.000
LA GRAN ESTAFA, por <i>Eudocio Ravines</i> , (4ª edición)	1.000
FILOSOFIA DEL TRABAJO, por <i>Frank Tannenbaum</i> , (2ª edición)	1.000
LA ENSEÑANZA PARTICULAR ANTE EL DERECHO, por <i>Guillermo Varas</i>	500
CUADERNO DE COMPRESION SOCIAL Y CUADERNO DE LA REALI- DAD NACIONAL, (2 volúmenes) por <i>Carlos Vial</i>	1.200
LA IGLESIA CATOLICA Y LA DEMOCRACIA CRISTIANA, por <i>Luigi Sturzo</i>	840
EL PLURALISMO POLITICO, por <i>Robert Kothén</i>	840
LA DEMOCRACIA Y EL CRISTIANISMO, por <i>Pietro Pavan</i>	840
FUNDAMENTOS DE LA DEMOCRACIA, por <i>Luigi Sturzo</i>	840
SINDICALISMO Y SOCIEDAD, por <i>Livio Labor</i>	840
LIBERTAD DE ENSEÑANZA, por <i>Pierre-Henri Simon</i>	840
LA FAMILIA EN EL MUNDO MODERNO, por el <i>Cardenal Suhard</i>	840
INICIACION ECONOMICA Y SOCIAL (3ª edición) por <i>Joseph Folliet</i>	1.500
DOCTRINAS SOCIALES DE NUESTRO TI edición) por <i>Joseph Folliet</i>	1.560
TRABAJO Y SALARIO, por <i>Joseph FoEMPO</i> (2ª Ed.) por <i>J. Folliet</i>	1.560
INICIACION CIVICA, por <i>Joseph Folliet</i>	1.560
ORATORIA, por <i>Joseph Folliet</i>	1.560
QUE ES LA DEMOCRACIA CRISTIANA, por <i>Ambrosio Romero Carranza</i>	1.800
EL DIRIGENTE DE EMPRESA, por <i>Marcel Clément</i>	2.250
ALCIDE DE GASPERI, por <i>Igino Giordani</i>	2.250
EL HOMBRE EN EL MUNDO ECONOMICO, por <i>Pietro Pavan</i>	1.950
EL ORDEN INTERNACIONAL EN UN MUNDO DESUNIDO, por <i>Bohdan</i> <i>Halakczuk</i>	2.550

CAMPAÑA DE NUEVAS SUSCRIPCIONES

Quincenalmente "POLITICA Y ESPIRITU" ofrece una visión de la política nacional e internacional y de las ideas y hechos de la Democracia Cristiana en Chile y en el mundo.

COLABORE UD.

- Dé a conocer la revista
- Suscríbase a ella
- Renueve su suscripción
- Haga que otros se suscriban
- Regale una suscripción a un amigo
- Indíquenos cómo podemos ampliar el radio de penetración de la revista
- Coloque 9 suscripciones y le obsequiaremos la décima

Precio de cada ejemplar de la revista:	\$ 100.—
Suscripción por 24 números:	\$ 2.200.—

Cualquiera información relativa a la

CAMPAÑA DE NUEVAS SUSCRIPCIONES

solicítelas a

AHUMADA 57 — CASILLA 3547 — TELEFONO 63121

SANTIAGO